

REVOLUCIÓN EN EL SISTEMA

CLARK CARRADOS

Revolución en el sistema

Clark Carrados

Espacio el Mundo Futuro/068

CAPÍTULO PRIMERO

Richard Taunton era bastante aficionado al licor, aunque, en realidad, no pudiera llamársele un dipsómano empedernido. Bebía bastante, pero no lo suficiente como para que el alcohol ingerido le privase, en ningún momento, de realizar con todo esmero, diligencia y eficiencia, las funciones que tenía encomendadas.

La mente de Richard, Ricky para los amigos, estaba, en la mayoría de las ocasiones, algo velada por los vapores alcohólicos, pero ello, en lugar de constituir una rémora para el buen funcionamiento de su cerebro era, por el contrario, una especie de espuela o acicate, que le hacía ser el mejor y más completo de los ayudantes del C.C.I.P. (Centro de Comunicaciones Interplanetarias).

Entre las cosas que tenía que hacer Ricky, una de las más importantes era mantener, en todo momento enfocados los aparatos receptores y transmisores, de modo que las líneas de comunicación estuvieran siempre perfectamente centradas, ya que los mensajes se recibían y transmitían por antenas direccionales de radio, las cuales, al emitir en frecuencias de microondas, muchísimo más pequeñas que las normales, permitían la comunicación radial con los planetas.

Ricky era joven y, en lenguaje vulgar, un buen mozo. Sin necesidad de licor alguno, poseía la labia suficiente para atontar a media docena de mujeres a la vez, aunque él no se molestara siquiera en sacar provecho de tan interesante cualidad. Realmente y pese a sus relativamente pocos años, apenas los treinta, estaba muy a gusto en su empleo y, a su modo, era un hombre feliz.

Aquella noche no había bebido más que de costumbre, apenas tres o cuatro vasos de a tres dedos cada uno de un «Bourbon» que le traía loco, cuando, cumpliendo una función de rutina, asomó la pupila por el objetivo del pequeño telescopio que servía para, diciéndolo en

términos vulgares, mantener la puntería de los aparatos transmisores con los planetas. Dentro de unos minutos comenzaría el intercambio de mensajes entre la Tierra y Marte —¡Señor, a 25 dólares la palabra! —, y convenía tenerlo todo a punto.

Apenas había hecho tal gesto, Ricky se separó del aparato, frotándose concienzudamente los ojos.

Cuando se convenció de que, al menos por esta vez, el «Bourbon» no le había jugado ninguna trastada, cuando se miró la mano derecha y comprobó que seguía en posesión de sus cinco dedos, sin que éstos hubieran duplicado su número, volvió a mirar de nuevo.

Un minuto después, se separaba del telescopio y, con paso vacilante, como si en lugar de un quinto de litro, llevase dos o tres de «whisky» en el cuerpo, se dirigió al lavabo, y abrió el grifo.

Cuando se hubo refrescado el cogote lo suficiente como para saber que no estaba padeciendo pesadilla alguna, tornó por tercera vez al telescopio. *Corrigió la puntería.*

Sí, Marte estaba allí, acompañado de sus dos inseparables satélites, Phobos y Deimos, pero…

Aspirando profundamente el humo del cigarrillo recién encendido, se encaminó hacia el visoteléfono. Marcó un número y casi al momento apareció un mofletudo rostro en la diminuta pantallita del aparato.

—¿Qué tripa se le ha roto, Ricky Taunton? —gruñó la señora Omes.

Aunque solamente se le veía la rubicunda faz, más roja que de costumbre, seguramente por lo intempestivo de la llamada, Ricky se la imaginó sólidamente plantada en el suelo, con las manos en las ampulosas caderas. La señora Omes era el ama de llaves del profesor Welsh, director del C.C.I.P.

—Póngame con el profesor, señora Omes —dijo el joven, echándole el humo a la cara.

Como el humo del tabaco no se transmite a través de los hilos, la señora Omes no estornudó. Pero soltó unas cuantas frases de su escogido lenguaje.

—El profesor Welsh un cuerno, ¡maldito borracho! Está durmiendo y no seré yo la que se juegue el pan de mi vejez tratando de despertarle.

—Eso está muy mal dicho, señora Omes. Cuando una es contemporánea de las Pirámides, no se habla de vejez, sino de prehistoria —repuso mordazmente Ricky—. ¡Vamos, Rebeca, despierte al jefe!

—¡Vete a dormirla al infierno! —gruñó el ama de llaves—. ¿Te dio provocativa, eh? Mira a ver si tienes un dólar y gástatelo en café, que te está haciendo pero que mucha falta. ¡Ad...!

Ricky contuvo el gesto de la irritable señora con un violento ademán.

—¡No corte, señora Omes! No corte, o llamo a un amigo periodista que tengo. ¿Qué le parecería a usted si el profesor se enterara de la sensacional noticia que tengo que darle por los periódicos cuando usted le lleve el desayuno?

—Está chiflado, Ricky Taunton —masculló la buena señora, invadido su subconsciente por la vaga sospecha de que algo gordo debía haber cuando el joven insistía tanto.

—Por supuesto; yo chiflado, y usted sin su pan y sin su vejez, porque el profesor la estrangulará en cuanto se entere de la noticia por mi amigo el periodista. ¡Abur, señora Omes! —y Ricky alargó la mano para cortar la comunicación.

Ahora fue el ama de llaves quien emitió un agudo chillido.

—¡Aguarde, Ricky! No se retire. Voy a ver si el profesor...

EL joven sonrió satisfecho, en tanto arrojaba el cigarrillo al suelo y lo aplastaba con el tacón. Hubo de aguardar unos minutos más antes de que el profesor Welsh, con sus ralos cabellos caídos sobre la espaciosa frente, envuelto en un horrendo batín, apareciera ante la pantalla.

—¡Taunton! —bramó, apenas le hubo echado la vista encima—. ¡Considérese despedido si lo que tiene que decirme a tan intempestivas horas no es de la más vital importancia! Y ahora, desembuche; quiero saber los nuevos efectos que le ha producido en usted ese maldito «whisky».

—No hay ningún efecto nuevo, señor —contestó el joven mansamente —, sino algo realmente nuevo, totalmente fuera de lo corriente.

—¿Querrá explicarse de una vez? —tronó Welsh, perdida en absoluto la paciencia.

—A eso voy, señor... si usted me deja. Bueno, busque algo sólido para agarrarse, profesor: *Marte está dos segundos apartado del lugar que habitualmente ocupa en el espacio*.

Hubo unos instantes de silencio. Luego, Welsh soltó otro rugido.

—¿Queeé...? Taunton, ahora sí que pienso...

El joven se hartó.

—Piense lo que le dé la gana, profesor. Usted no tiene telescopio en casa y yo sí; precisamente aquí, en el C.C.I.P. De modo que, si quiere comprobarlo, véngase ya para acá; yo, por supuesto, no aguanto más sandeces.

Y con un gesto lleno de furia, el joven cortó la comunicación.

Vaciló Ricky unos momentos, en tanto que su vista se dirigía hacia un cercano armarito donde guardaba una botella mediada de licor, cuyo solo pensamiento le hizo pasarse la lengua, húmeda, por los resecos labios. Pero, recordando los insultos que había tenido que oír, y los que, probablemente, aún tendría que escuchar durante el resto de la noche, se abstuvo prudentemente de beber más.

En lugar de ello, comprobó, por cuarta vez que Marte estaba fuera de su sitio, y que aquello no era ninguna visión producida por una inmoderada ingestión de alcohol, sino la más absoluta realidad. Luego, con la cabeza hirviéndole como un «geisser», se encaminó hacia el visoteléfono.

Había decidido llamar a una persona de toda su confianza, la cual, estaba seguro, no le arrojaría los trastos a la cabeza apenas le contara la increíble y estupenda noticia de lo que acababa de ocurrir en el cielo.

Pero no llegó siquiera a tocar el disco del transmisor; la lucecita roja indicadora de que alguien llamaba osciló rápidamente, al mismo tiempo que unas argentinas campanadas se expandían en la habitación.

Conectó el visoteléfono y, apenas lo había hecho, respingó. La misma persona a quien él había pensado llamar se ponía en comunicación con él en aquel momento.

—¡Diablos! —gruñó para sí—. ¿Será verdad eso de la telepatía?

Dejó que sus ojos se recrearan en el encantador rostro de Audrey Dickinson, una encantadora pelirroja perteneciente al restringido círculo de amistades femeninas suyas, y cuyo encanto era notablemente aumentado por una docena de pecas estratégicamente repartidas en su hermosa faz. A primera vista podía verse que Audrey estaba notablemente excitada por algo que, de momento era ignorado por el joven.

—¡Ricky, Ricky! —clamó la muchacha—. ¡Lo conseguí, lo conseguí! ¡He triunfado! ¿Sabes?

—¿Qué es lo que has conseguido, Audrey? —preguntó Ricky, totalmente ausente de todo cuanto no fuera lo que le tenía llena la cabeza de mil contradictorios pensamientos.

Audrey hizo un gesto de contrariedad.

—¡Ya lo has olvidado, Ricky! Claro, tú y tu maldito licor.

—Por el amor de Dios, muchacha, deja en paz ahora mis aficiones. Total, no llega a media botella lo que me bebo al día, y todos os volcáis sobre mí como si yo fuera la única víctima de tan horrendo vicio. ¿De qué diablos se trata, vamos a ver?

La chica hizo un gesto de impaciencia.

—¿Es que ya no te acuerdas de mis experimentos de física cuatridimensional, Ricky? ¿De qué me sirve haberte tomado como mi único confidente en este importantísimo asunto? —concluyó Audrey con no poca amargura en su voz.

Ricky se apresuró a complacerla. En realidad, y debido a sabe Dios qué misteriosas circunstancias de afinidad, más misteriosas aún si se tenía en cuenta la enorme distancia que los separaba a ambos, Ricky y Audrey eran muy amigos, y su estrecha amistad databa de los todavía no lejanos tiempos de Universidad.

Pero Audrey era una Dickinson, y decir Dickinson era tanto como decir una de las más importantes fortunas de la Tierra. En realidad, la construcción y casi sostenimiento del C.C.I.P. se debía al abuelo de Audrey quien, en los primeros tiempos de la navegación interplanetaria, había contribuido con «algunas migajas» de su colosal fortuna a hacer más factibles, no sólo tales viajes, sino también las comunicaciones interespaciales. Uno decía Dickinson, e inmediatamente tal palabra se asociaba con fabulosas cantidades de dinero y poderío industrial y financiero.

Sin embargo, al terminar sus estudios, Ricky se había visto precisado, para ganarse la vida, a entrar como simple ayudante, a pesar de su título, en el C.C.I.P. con un sueldo poco menos que irrisorio, sobre todo teniendo en cuenta sus elevadas facultades técnicas, en tanto que Audrey, no sufriendo ninguna clase de agobio económico, se había instalado, para mejor desarrollo de sus aficiones, un completísimo laboratorio de física en su domicilio particular. En más de una ocasión había tratado de asegurarse los servicios de Ricky, pero el joven se había negado a complacerla. Ella, al fin, había comprendido las razones de delicadeza que abonaban el proceder del joven, y había cesado en sus pretensiones, pero no por ello se había roto la amistad que los unía, aunque en los últimos tiempos sus contactos hubieran sido infrecuentes.

—Bueno, bueno, Audrey, no te enfades conmigo —dijo el joven, tratando de calmarla—. Me alegro mucho de que, al fin, hayas conseguido lo que tanto ansiabas. Yo…

Pero Audrey no tenía suficiente.

—¿Conque solamente «me alegro», eh? Un descubrimiento sensacional, el mayor éxito de todos los tiempos, la cosa más estupenda que jamás haya podido inventarse, y tú solamente sabes decir un triste «me alegro», en lugar de tirar la gorra al aire y saltar hasta romperte los sesos contra el techo. Ricky, a veces pienso si…

—Por favor —le Imploró el joven—, no me taches de grosero y descortés. Me está pasando algo muy grave. Tanto que, si no se confirma la noticia que di a mi jefe, me echarán de aquí.

El bellísimo rostro de Audrey se tornó serio repentinamente.

—¿Qué te pasa, Ricky? ¿Ese viejo búho quiere meterse contigo? ¿Quieres que lo envíe a apalear uranio a Oak Ridge?

—Oh, no, no, por favor, Audrey. Creo que no será necesario tanto; además, no te lo consentiría. Welsh es un prestigio, en tanto que yo…

—No lo eres porque no quisiste que yo te echara una mano. ¡Claro! A tu espíritu cortés y caballeresco le repugnaba pensar que una mujer podía ayudarle. Bueno, basta de reproches, Ricky; ¿de qué se trata?

El joven le contó en dos palabras lo que ocurría. Audrey abrió los ojos con pasmo.

—Muchacho, ¿estás seguro de lo que dices? Dos segundos son una

cantidad respetable de kilómetros, y los planetas no acostumbran a andar jugando con lo de sus órbitas.

—Mucho me temo que en esta ocasión Marte se haya sentido retozón, Audrey. Cuatro veces he hecho la comprobación y no ha habido ninguna falla. Ah, y antes de tomar el relevo sólo había tomado un «whisky» después de cenar.

Audrey frunció el lindo ceño. Dudó unos segundos y al cabo tomó una decisión.

—Voy para ahí, Ricky. No sé si ahora me necesitas, pero, en todo caso, si rechazas mi ayuda, te daré con el telescopio en el cogote. Supongo que me dejarán entrar, ¿no?

Ricky soltó una sarcástica carcajada.

—Audrey —dijo—, en sitios como éste, llamarse Dickinson es lo mismo que llamarse «ábrete, sésamo». Barrerán el suelo delante de ti para que no te ensucies las suelas de tus zapatos.

—¡Ganso! —rió ella, repentinamente complacida—. Bueno, voy ahí, pero me tienes que prometer una cosa.

—De acuerdo, chica. Ya sé de qué se trata; presenciar tu primer experimento de física cuatridimensional, ¿no es así?

—Ganaste, Ricky; has acertado en pleno. ¡Hasta ahora! —y tirándole un beso con la punta de los dedos, Audrey cortó la comunicación, con lo que su imagen se esfumó al instante de la pantalla.

Fue substituida por la real y tangible de un colérico profesor Welsh, quien, despojándose a manotazos de su abrigo, penetró en la sala de mensajes soltando enfurecidos despropósitos, entre los cuales no era el menor el maldecir profusamente de todos los adeptos del alcohol. Pero Ricky ya estaba acostumbrado a los exabruptos de su jefe, y no le hizo el menor caso. En lugar de contestarle, le tomó, muy irrespetuosamente por cierto, de un brazo, y le colocó bajo el ocular del telescopio.

Durante un buen rato, Welsh no dijo nada; se limitó a mirar, haciendo mil muecas y visajes que hubieran movido a risa al joven, si éste no hubiera tenido otras más graves preocupaciones en la cabeza. Al fin, el profesor, acobardado, salió de debajo del aparato.

Buscó algo con la vista. Ricky le trajo una silla y un vaso con licor.

Esta vez, el profesor no soltó una de sus acostumbradas protestas; despachó el «whisky» de un solo trago.

—Cielos —murmuró débilmente Welsh, pasándose la mano una y otra vez delante de sus cansados ojos—. Cielos —repitió—, esto es algo increíble, inaudito. Viola las más fundamentales leyes de la mecánica celeste. *¡Marte fuera de su órbita!*

—Así es, señor... —contestó Ricky, y no pudo decir más porque, en aquel momento, entró Audrey.

El profesor se puso en pie de un salto al ver a la muchacha. Ricky se fue hacia ella, alargando ambas manos.

—Ricky, bribón, ¡qué caro eres de ver! —se quejó ella—. Si no es a través de la placa... Profesor... —dijo, haciendo una graciosa inclinación de su cabeza.

Una joya que llevaba prendida al pelo, en la cual restallaban furiosamente media docena de esmeraldas venusinas, brilló cegadoramente en la enorme estancia, llena de aparatos.

Ricky tomó el abrigo de la joven, dándose cuenta de que ésta vestía únicamente un «sweater» negro y unos pantalones del mismo color, todo muy sencillo, pero que costaría, según pensó con un suspiro, lo menos el sueldo suyo de tres meses. Audrey se encaró con ambos.

—¿Es cierto lo que este zopenco me ha dicho, profesor?

Welsh contestó con un suspiro.

—Desgraciadamente, así es, señorita. Debido a sabe Dios qué ignoradas circunstancias, Marte ha sufrido una desviación en su órbita, con las consecuencias que son fáciles de prever... o mejor dicho, imposibles de prever.

—No le entiendo, profesor —se extrañó Audrey.

—Poco ha sido lo que he observado, pero suficiente, sin embargo, para darme cuenta de que la desviación tiende a aumentar. Y empeñaría mi prestigio profesional, que es lo que más aprecio en este mundo, a que Venus ha sufrido perturbaciones similares, si no mayores.

—¡Eso... es... imposible...! —balbució Audrey.

Ricky movió la cabeza de arriba para abajo.

—Teóricamente, sí, muchacha; en la práctica... ya ves: ha ocurrido.

—Deme otro trago, Taunton —pidió Welsh—; lo estoy necesitando con urgencia.

—Sí, profesor —repuso el joven, corriendo a cumplimentar lo pedido.

Audrey, entretanto, hizo una sugerencia.

—Entonces, por una misma regla de tres, también nuestro planeta ha podido verse afectado por ese mismo fenómeno, ¿no es así?

Ricky y Welsh abrieron desmesuradamente los ojos. A ninguno de los dos se les había ocurrido la idea.

—¿Cómo? *¿La Tierra... fuera... de su... órbita*?

—Es lógico suponerlo —repuso Audrey fríamente—. ¿O vamos nosotros a ser los niños bonitos del Sistema Solar? Si Marte y Venus han sufrido perturbaciones en sus trayectorias celestes, ¿por qué no también la Tierra? ¿Es que nuestro planeta está fuera de cupo? Tengamos en cuenta que, con Mercurio, somos los cuatro planetas más cercanos al Sol, y, a la vez, los más cercanos entre sí. Ricky, ¿se te ha ocurrido comprobar la posición de Júpiter en el cielo?

El joven confesó lealmente que no había hecho tal cosa. Pero unos momentos más tarde dijo que Júpiter seguía en su sitio, sin variación alguna.

Welsh se puso en pie.

—Creo —dijo—, que por ahora no tenemos otra cosa que hacer sino guardar el más absoluto secreto sobre lo que usted ha descubierto, Taunton.

—¿Secreto? —rió el joven amargamente—. ¿Y por qué? ¿Cree que los demás astrónomos de la Tierra son tontos? ¿Cree que los astrónomos que hay en Marte y Venus y Mercurio son idiotas? No dejarán de notar las perturbaciones orbitarias de los demás planetas, y no se callarán ciertamente. Habrá investigaciones...

—¡Sí, pero en secreto! —gritó el profesor Welsh con violencia—. Ahora mismo me voy a ver a las autoridades competentes a comunicarles la nueva. Se implantará una férrea cortina de silencio, y

el público no estará enterado de nada hasta que sea absolutamente preciso.

—Pero, ¿por qué, profesor? —inquirió muy extrañado el joven.

Los ojos de Welsh brillaban de una forma muy rara.

—¿No se da cuenta de lo que puede llegar a suceder, joven? Es lógico; el alcohol tiene embotados todos sus sentidos...

—¡Profesor! —protestó airadamente la muchacha—. ¡Le prohíbo tales insinuaciones en contra del señor Taunton!

—Déjalo, déjalo —sonrió con resignación el joven—; acaso tenga razón encima. Siga con lo que iba a decir, profesor.

Welsh continuó:

—Si estas desviaciones en las trayectorias orbitales continúan, a juzgar por la forma en que se verifican, los planetas reducirán su velocidad de marcha por el espacio. Consiguientemente, su velocidad de giro en torno a su eje, irá disminuyendo paulatinamente hasta cesar del todo. ¿Qué me dice de una Tierra con una cara permanentemente enfocada al Sol y la otra mitad eternamente una noche sin fin?

Ricky y Audrey se estremecieron. La visión que les presentaba el profesor era horrenda, apocalíptica; la Tierra ardería en uno de sus-hemisferios, en tanto que se helaría por el otro. Acaso la Luna se precipitase sobre el planeta...

—Es algo espantoso... —tartamudeó Ricky, cuando pudo hablar—. ¡Sería indefectiblemente el fin del mundo!

—¿De qué otra cosa estoy hablando, joven dipsómano? —concluyó el profesor. Alzó los hombros desdeñosamente, tomó su abrigo y salió como una centella.

Durante unos momentos, ni Ricky ni Audrey pudieron articular palabra. Se miraron fijamente, sin saber qué hacer, hasta que el primero dijo:

—Me gustaría poder saber a qué se deben estos trastornos orbitarios, muchacha.

Audrey inclinó la cabeza, hondamente pensativa. Al fin, levantándola, exclamó:

—¿No se te ha ocurrido pensar en un nuevo planeta, venido sabe Dios de qué sistema y captado para el nuestro por la formidable atracción de nuestro Sol? Recuerda que hay una teoría que sostiene que el cinturón de asteroides fue, millones de siglos antes, un planeta que acabó por estallar, sometido a las feroces tensiones gravitatorias, en sentido opuesto, del Sol y de Júpiter. Si ahora apareciera en nuestro mundo un planeta desconocido, ¿no crees que tal aparición es suficiente para provocar tales desórdenes?

Ricky no contestó. Las palabras de la joven le parecían harto descabelladas, pero, al mismo tiempo, la única sensata explicación de aquel inexplicable fenómeno.

Toda la noche estuvo Audrey en el observatorio del C.C.I.P. haciendo compañía a Ricky, hasta que llegó el relevo del joven. Cuando éste se dispuso a dar por terminado su trabajo, ella le invitó:

—Ven conmigo a desayunar; hablaremos mientras tanto y luego, si aún nos queda humor, te enseñaré mi experimento.

Ninguno de los dos dijo una sola palabra durante el trayecto. Y había motivos para su silencio, dado que, cuando al fin se había hecho de día… *¡la desviación orbital de Marte ascendía ya a tres segundos!*

CAPÍTULO II

Llegaron a casa de Audrey. Estaba situada en las afueras de la ciudad y era un edificio de dos plantas, bajo no obstante, alargado, con grandes ventanales, rodeado de una gran extensión de terreno cubierto de césped y árboles, con una graciosa piscina en el lado más soleado; en suma, era una casa de «Popular Mechanics», pero con mucho más gusto y, por supuesto, bastante más dinero.

Audrey supo contener la impaciencia que la dominaba por enseñar a su amigo el artefacto que había construido por sí misma. En lugar de ello, y puesto que la servidumbre estaba aún dormida, preparó ella misma el desayuno.

—¡Mmmm…! —elogió Ricky cuando se vio frente a un suculento plato de huevos revueltos con jamón, aparte de otros elementos comestibles tan apetitosos como el primero.

El café olía estupendamente y el apetito de ambos era, en medio de la

preocupación que los embargaba, el propio de la juventud, de modo que no intercambiaron muchas palabras en tanto comían; momentos tales no eran los más adecuados para hablar.

Cuando terminaron, ella encendió sendos cigarrillos y pasó uno a Ricky. Después, expulsando el humo, la muchacha dijo:

—Ven, Ricky, quiero que veas mi aparato.

El joven la siguió. De la cocina, que era donde habían desayunado, pasaron a un semisótano, bastante iluminado, lleno de aparatos científicos de todas clases. Ricky no pudo evitar un comentario, por otra parte, lleno de lógica.

—Parece mentira que una chica tan bonita como tú se dedique a hacer experimentos de esta índole. En tu lugar, yo…

—Ya lo sé —repuso ella con hastío—, te pasarías la mayor parte del tiempo en Miami y demás lugares de recreo, ¿verdad?

—Hombre, pues no te diré que…

Hablando en tal sentido, concluyeron la escalera, a cuyo término había una puertecita de acero, ante la cual se detuvo Audrey, bruscamente. Pero no hizo el menor gesto.

—¿Qué te pasa muchacha? —inquirió Ricky, extrañado ante el súbito silencio de Audrey.

—La puerta.

—La puerta, ¿qué, Audrey?

—La dejé cerrada con llave cuando me fui, Ricky.

—¿Estás segura, muchacha?

—Absolutamente, Ricky. En las últimas semanas, y por temor a que mis criados tocaran alguno de mis instrumentos inadvertidamente, estropeándome algún circuito, no dejaba entrar a nadie en el laboratorio. Incluso hacía yo misma la limpieza…

—Lo cual ya es decir —murmuró Ricky un tanto irónicamente.

Pero ella no hizo caso; continuaba con los ojos en la puerta, abierta tan sólo un centímetro o menos.

—¿Temes que haya ladrones, chica?

—No lo sé…

—No están los tiempos para robar instrumentos; si acaso, joyas. De todas formas, ¿qué hacemos aquí parados?

Y, sin aguardar a más, Ricky dio un empujón a la puerta. Todo el laboratorio, en su enorme extensión, apareció ante su vista. Al instante pudo comprobar que los presentimientos de Audrey se habían realizado.

Había tres personas en la estancia, curioseando en el lado opuesto, las cuales, tan embargadas estaban por la atención que en ellas habían despertado los artefactos allí existentes, que no se habían dado cuenta siquiera de la presencia de los recién llegados. Ricky crujió los dientes.

—Tenías razón, Audrey —dijo, en voz baja—: hay ladrones.

—Volvámonos —susurró ella, en el mismo tono—; iremos a la policía y…

Pero era ya tarde. Uno de los intrusos, volviéndose súbitamente, les había visto. Al instante sacó una cosa muy parecida a una pistola y les encañonó decididamente.

—¡No se muevan! —dijo con una voz gutural, apenas inteligible.

Sus dos compañeros giraron rápidamente los talones, imitando al primero en lo de sacar la extraña pistola.

—Acérquense.

Instintivamente, Ricky y Audrey levantaron las manos. Estaban inermes y lo comprendían; toda resistencia hubiera sido, por el momento, perfectamente inútil, ya que los proyectiles salidos de aquellas armas hubieran sido más rápidos que ellos.

Caminando lentamente, Ricky y Audrey advirtieron que eran dos varones y una mujer los que les amenazaban con sus armas. Los tres eran unos tipos notables por su belleza, pero especialmente la mujer era de una hermosura sin igual, tanto o más que Audrey. Un detalle especialmente interesante encontró Ricky en los desconocidos: sus ojos eran absolutamente idénticos, como fabricados con el mismo molde. Poseían unas pupilas intensamente verdes, refulgentes, hasta hacer palidecer el brillo de las esmeraldas venusinas de Audrey.

La mujer habló de una forma singular, aunque muy cantarina, y uno de los hombres se precipitó hacia la puerta y la cerró con llave. Luego volvió presurosamente junto al grupo.

Audrey, al fin y al cabo, dueña de la casa, fue la primera en recobrar la tranquilidad de ánimo.

—¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Quién les dio permiso para entrar en mi domicilio? ¿Acaso ignoran que están cometiendo una gravísima infracción de las leyes, lo cual les puede causar serios perjuicios?

Una débil sonrisa de superioridad apareció en los labios de la mujer, cuyos negrísimos cabellos relucían como ala de cuervo bajo los tubos fluorescentes del laboratorio. Habló muy lentamente, como si se encontrara en graves dificultades con el idioma.

—Nosotros no necesitamos permiso para entrar en un sitio donde se halla una cosa que buscamos.

—¿Ustedes… buscan… una cosa? —vaciló Audrey—. Y ¿qué es, si puede saberse?

El pulgar de la desconocida señaló a su espalda.

—Esto—contestó—. Es nuestro y vamos a llevárnoslo.

El rostro de Audrey enrojeció tan rápida como violentamente.

—¡No se lo toleraré! El curvador de espacios es mío y no permitiré que nadie me arrebate lo que es fruto de largos años de trabajos y experiencias.

—¿Curvador de espacios ha dicho? —volvió a sonreír la mujer—. ¿Y fue usted quien lo construyó?

—Sí —adelantó agresivamente la mandíbula la dueña de la casa—. ¿Acaso le sorprende?

—Por supuesto; jamás creí que los habitantes de este planeta fueran tan inteligentes. Casi diría que más que nosotros.

Entonces fue cuando Ricky, palidísimo, alargó un tembloroso dedo índice.

—¿Quiere… repetir… lo que ha… dicho? ¿Ustedes no han… nacido… en la Tierra?

—Me moriría de vergüenza si así fuera —dijo la desconocida, con suprema altivez. Ricky se envaró, reaccionando.

—Pues no tiene que avergonzarse, monada; usted misma acaba de confesar que en su planeta no han sido capaces de construir un artefacto como el que ha hecho la señorita Dickinson. Y, además, ¿qué diablos de cuento es ése de que ustedes no son terráqueos? ¿Es que se figuran que nos lo vamos a tragar así como así? Lo que voy a hacer es llamar a la Policía y...

Uno de los hombres saltó al instante hacia Ricky, clavándole el cañón de su pistola en el costado.

—Si quiere vivir, no haga un solo movimiento más —dijo, un tanto truculentamente, pero muy en serio.

Ricky miró implorante e indefenso a Audrey, la cual se mordió los labios de rabia.

La desconocida continuó con su sonrisa.

—Es usted una mujer muy hábil, señorita Dickinson. Hemos estado estudiando, aunque superficialmente, claro está, su curvador de espacios, y lo hemos hallado realmente ingenioso. Por supuesto, éste que ha construido es muy pequeño e insuficiente para grandes empresas.

—Para lo que yo lo quiero, es más que suficiente —rezongó Audrey.

Ricky miró hacia el aparato tan discutido. Sustancialmente, estaba compuesto de dos semiesferas, huecas, de unos cincuenta centímetros de diámetro, a dos metros de distancia entre sus centros, colocadas en el extremo de unos postes de sustentación de un material aislante, en forma de cono muy alargado, con la base en el suelo, de donde partía una serie de cables que iba a parar a un aparato situado junto al muro. Al lado del aparato, muy parecido a una mesa de control, con numerosas esferas, diales y botones, había un sillón para el operador. En uno de los extremos se veía una palanca concluida en una roja esfera.

—No es ningún cuento eso de que venimos de otro mundo, caballeros —dijo la desconocida—. Procedemos de un planeta al que, en nuestra lengua, llamamos Quador. Yo soy Hadina, científico de quinta clase A estelar, y éstos son mis ayudantes Radik y Jinse, científicos de segunda clase T planetaria. Nos ha costado mucho tiempo hallar un curvador de espacios, pero al fin lo tenemos, y nos lo llevaremos con nosotros.

Ricky estaba estupefacto ante lo que oía, creyéndose en el punto cumbre de una pesadilla causada por una mala digestión. En cualquier momento despertaría y…

No, no estaba dormido; la presión de la pistola de aquel quadoriano contra su costado era real y tangible. Hadina continuó:

—Necesitamos desesperadamente un aparato como el suyo, señorita.

—¿Para qué? —inquirió Audrey, recobrando el habla.

Hadina sonrió maliciosamente.

—Eso es algo que, de momento, nos reservamos. Pero si logramos construir, de acuerdo con los planos de éste, uno mucho mayor, habremos dado un gran paso en la conquista de… —Hadina se calló repentinamente, dejando a Ricky y a Audrey completamente defraudados.

—Es maravilloso, es maravilloso —repitió, fascinada, Hadina.

Ricky se recreó, a su pesar, en la espléndida hermosura de aquella mujer, vestida de un modo muy parecido a Audrey, aunque con colores más chillones en su indumentaria.

Hadina buscó algo con la vista, hasta encontrarlo. Una botella vacía, sin objeto aparente en el laboratorio.

Tomándola por el cuello se colocó a un metro de distancia del aparato, en un punto situado en el centro de ambas esferas. Luego arrojó la botella.

¡La botella desapareció!

Ricky sintió en el estómago un vacío repentino.

Lo lógico hubiese sido que la botella se hubiera estrellado contra el suelo, rompiéndose en mil pedazos. Pero en lugar de ocurrir tal cosa la botella había desaparecido tan limpia como silenciosamente, sin el menor estallido, sin dejar tras sí el más leve indicio del lugar a donde había podido ir a parar.

Hadina sonrió.

—¡Ma-ra-vi-llo-so! —deletreó.

Después tomó un contador Geiger y repitió la operación. El contador

se desvaneció en el aire, cincuenta centímetros antes de llegar al suelo.

Ricky sintió que la frente se le cubría repentinamente de innumerables gotitas de sudor. Hadina volvió a hablar.

—Esto es —dijo— algo detrás de lo cual nosotros hemos ido durante cientos de años, persiguiéndolo sin descanso y, lo que es peor, sin poderlo hallar jamás. Nosotros, los Científicos de Quador, nos sentimos humillados ante el hecho de que una simple aficionada de la Tierra lo haya conseguido.

—No tan aficionada —se encrespó Audrey—; a fin de cuentas me gradué en…

—¡Bah! —agitó Hadina desdeñosamente una de sus largas y blanquísimas manos—. Tu título no serviría siquiera para un científico de cuarta clase Z local. Esto lo encontraste por pura casualidad.

Ricky soltó una risita.

—Y eso que no conoce la fábula del burro flautista.

—¿Qué es eso? —interrogó Hadina.

Audrey le arrojó una furiosa mirada.

—El caso es —dijo la dueña de la casa, conteniendo difícilmente su cólera—, que está ahí. Y que vosotros, siempre suponiendo que ese maldito Quador exista, no habéis sido capaces de lograrlo.

—Por todo lo cual, y aun reconociendo la existencia del azar en tu trabajo —replicó Hadina—, nos inclinamos ante ti. Lo siento, pero nos hemos de llevar tu aparato… y, lo que es más, «tú vendrás con nosotros a Quador».

—¿Eeeh…? —saltó Ricky, difícilmente contenido por la pistola de su amenazante.

—¿He oído bien? —preguntó Audrey.

Pero Hadina ya no la miró a ella.

—Radik, Jinse, procedan a desarmar el curvador de espacios. Hemos de llevárnoslo con nosotros, así como a…

En tanto que la mujer extraterrestre seguía hablando, en el corazón de

Ricky iba creciendo una fría cólera, que alcanzó su punto culminante al escuchar las últimas palabras de Hadina. Ésta distrajo un segundo la atención de Radik, que era el que estaba al lado de Ricky y el joven no desaprovechó la ocasión.

Lanzó su mano izquierda desviando el arma del quadoriano. Luego su puño derecho disparado como una catapulta golpeó duramente la mandíbula de Radik.

Éste pareció ser arrastrado del suelo a consecuencia del fenomenal puñetazo. Voló hacia el centro del curvador de espacios... ¡y desapareció!

Hadina y Audrey chillaron al unísono. Pero Ricky no las escuchó.

Se había convertido en una ciega máquina de destrucción. Jinse trató de defenderse de la lluvia de puñetazos que le caía encima pero sus esfuerzos fueron vanos; los puños del joven le arrastraron inexorablemente hacia el espacio situado entre ambas semiesferas.

Ricky reunió todas sus energías para descargar el último golpe, y cuando lo hubo hecho, Jinse siguió el mismo camino que habían llevado la botella, el Geiger y su compañero Radik. Audrey le animaba a gritos, en tanto que Hadina, estupefacta, se sentía incapaz de reaccionar.

Apenas había terminado, Ricky se volvió hacia Hadina. Ésta intentó utilizar el arma, pero Ricky no le dio tiempo; de un manotazo la hizo volar hasta la pared frontera.

A pesar de sus protestas y sus pataleos histéricos, Hadina se sintió izada en el aire, sujeta férreamente por el talle. Gritó de pavor cuando se vio suspendida sobre el curvador de espacios, y allí hubiera desaparecido a no ser por la repentina intervención de Audrey.

—¡No, Ricky, no! ¡Déjala, la vamos a necesitar!

Con los ojos inyectados en sangre, sosteniendo aún a Hadina en vilo, el joven miró fijamente a su amiga.

—¿La vas a perdonar después de todo lo que quería hacerte?

Los ojos de Audrey brillaron repentinamente.

—¿No te parece que es mejor siempre un testigo vivo... que un testigo muerto o desaparecido a sabe Dios dónde? —y la mandíbula de

Audrey señaló significativamente hacia su artefacto.

—Está bien —dijo Ricky, depositando en el suelo, con muy poca suavidad, a su prisionera—. La haremos hablar, pero antes quiero atarla. No me fío un pelo de esta fulana.

—Traeré un poco de esparadrapo —sugirió Audrey, y cinco minutos más tarde Hadina era un sólido paquete que, si bien podía hablar, no podía hacer, en cambio, ningún otro movimiento.

Tratando de recuperar el aliento, Ricky miró a Audrey.

—¿Y bien? ¿Querrás decirme ahora en qué consiste ese maldito artefacto?

—Pues... ya lo has podido ver por ti mismo, Ricky.

—No he visto otra cosa sino que cualquier objeto que se arroja entre medio de las dos semiesferas desaparece. ¿Adónde diablos va a parar?

Audrey se encogió de hombros.

—No lo sé; yo no he estado «del otro lado», Ricky.

—Creo que sería conveniente averiguar qué es lo que hay al otro lado, Audrey.

—¿Y para qué?

—Para saberlo, ¡canastos! Eso de que uno eche cualquier cosa ahí y desaparezca sin dejar el menor rastro, francamente, me da muy mala espina. Quiero saber qué hay y, si no es nada bueno, destruiré tu curvador de espacios.

—¡No te atreverías! —chilló Audrey.

—Ya lo creo que sí —rió el joven—. Eso me parece que funciona con electricidad como fuente básica de su energía. Por ahora cualquier cosa que se arroja en su seno, va a parar a un sitio totalmente desconocido para nosotros. ¿Qué ocurriría si se invirtiera la polaridad de los elementos? ¿Te has parado a reflexionar sobre tal posible contingencia, muchacha?

Audrey se tapó la boca con ambas manos, horrorizada por la sugerencia que encerraban las palabras de Ricky.

—¡No... no sería posible! —balbució, lívida, con la faz repentinamente

convertida en una máscara de ceniza. Las pecas, en cambio, resaltaron con rojizo sarcasmo sobre su rostro.

—Sí… ya lo creo que sería posible, Audrey. A juzgar por lo que he podido ver, tú has conseguido hallar una curvatura negativa de nuestro espacio tridimensional, por medio de un aparato que lo convierte en un espacio de cuatro dimensiones. ¿Qué hay al otro lado de las esferas? ¿Qué misterio se encierra en esa cuarta dimensión que tú has conseguido desencadenar? ¿No nos vas a soltar una nueva caja de Pandora sobre nuestro viejo mundo, Audrey?

—Ricky, no, no; sería algo horrible, espantoso…

—Ya lo creo que lo sería. Pero anda, voy a hacer la prueba por mí mismo. Ve y búscame una cuerda larga y fuerte.

—¡No, Ricky, no! —gritó Audrey, espantada.

Entonces fue cuando, con amarga risa, terció, silenciosa, Hadina.

—Déjalo que vaya, mujer. Quizá de esta manera encuentre a mis compañeros… y si vuelve, cosa que dudo, podremos saber qué es lo que hay en ese espacio inmediato al que nosotros nos hallamos ahora.

CAPÍTULO III

Audrey acabó por obedecer. Al cabo de unos minutos trajo la cuerda, que Ricky anudó, por uno de sus extremos, en un lugar seguro, comprobando luego su firmeza y resistencia.

—No se romperá —dijo, como hablando consigo mismo.

Audrey le tocó el brazo, llamando su atención. El hombre se volvió.

—Ricky —dijo—. ¿Es absolutamente necesario que vayas?

El joven sonrió.

—Yo creo que sí, nena. La curiosidad me mata, ¿sabes?

—Tengo miedo, Ricky —murmuró Audrey, muy pálida.

El joven golpeó suavemente las mejillas de la muchacha.

—No me pasará nada, ya lo verás —repuso, dando un paso hacia adelante.

—Emocionante, conmovedor —terció, con no fingido sarcasmo, Hadina.

Pero ninguno de los dos le hizo caso.

Ricky vaciló unos instantes; luego, inspirando profundamente, como si fuera a zambullirse en una piscina, se arrojó de cabeza al suelo.

Por una décima de segundo temió romperse la frente contra el pavimento. Pero no ocurrió nada de esto; se hundió en el espacio inmediato.

Una vivísima sensación de frío le azotó el rostro y luego el cuerpo; después la cuerda tiró bruscamente de él, casi cortándolo en dos. Quedó suspendido, balanceándose como una araña al extremo de su hilo de seda.

Ricky se atrevió a respirar y halló que podía hacerlo perfectamente. Luego abrió los ojos.

No vio nada.

Allí, en el lugar en que actualmente se encontraba, no había nada.

Una semioscuridad, una luz difusa, vaga, gris, sin que pudiera precisarse su fuente, brotando de todos los puntos y de ninguno a la vez, todo ello acompañado de un frío bastante intenso, fue lo único que pudo apreciar Ricky en aquel nuevo espacio producido por el aparato inventado por Audrey Dickinson.

Agarró la cuerda por encima de su cabeza con el fin de aliviar la tensión que el lazo hacía sobre su vientre. Giró sobre sí mismo, como un péndulo humano, sin que en ninguna de sus vueltas pudiera ver otra cosa que aquella gris semioscuridad, tétrica, siniestra, helada, sin principio ni fin.

A sus pies se abría un abismo infinito, lo mismo que por encima de su cabeza; lo mismo que a su frente y a su espalda. Miró hacia arriba y pudo ver la cuerda desaparecer a un par de metros de sus ojos, sin que lograra hallar el punto en donde ésta se escondía. De la botella, del contador de radiaciones, de los dos quadorianos, ni el menor rastro.

Llevándose la mano izquierda a la boca a modo de bocina, lanzó un

fuerte grito.

—¡Eh…! ¡Eh…!

Su voz resonó en aquel gélido universo como bajo las bóvedas de una infinita catedral, con enormes resonancias, rebotando hasta perderse a lo lejos con lúgubres ecos, pero nadie respondió a sus reiteradas llamadas.

A pesar del frío reinante, sintió que la frente se le cubría de gotas de sudor. Le entró un horrible miedo de pronto, un terror indescriptible. Si la cuerda se rompiera…

Espoleado por el irracional pánico que le había acometido súbitamente, asió con la mano izquierda la cuerda y se izó por ella a fuerza de puños. El tiempo se le hizo angustiosamente lento, puesto que no veía luz alguna que le indicase la proximidad del laboratorio de Audrey, hasta que, repentinamente, sin la menor transición, un brutal ramalazo de luz le golpeó los ojos.

Notó que unos brazos le cogían, ayudándole a deslizarse por el suelo, hasta salir fuera del alcance del curvador de espacios. Quedó allí, tendido, sudoroso, jadeante, solícitamente atendido por Audrey.

—¡Ricky, Ricky! —exclamó la muchacha—. ¿Estás bien?

—Claro que sí —repuso irónicamente la prisionera—. ¿No lo estás viendo? No le ha pasado nada… ¡Lástima de rotura de cuerda que no se ha producido!

—¡Oh, cállese, cállese! —exclamó, Audrey—. Es usted inhumana, sanguinaria… Ricky, por el amor de Dios, contéstame…

—Estoy bien, nena —jadeó el interpelado—. No me ocurrió nada de particular. Pero… si tuvieras por ahí un traguito y un cigarrillo…

—Enseguida —contestó Audrey, y un momento después volvía con lo requerido.

Ricky sorbió ansiosamente el licor y luego aspiró con fruición el humo del pitillo, que ya Audrey le entregara encendido. La joven le miró inquisitivamente.

—¿Y bien? —exclamó Hadina, casi gritando—. ¿Qué nos cuenta el valiente caballero de lo que pasa en el otro mundo?

Ricky miró un segundo a la prisionera y luego clavó sus ojos en los de Audrey.

—No había nada, chica. Absolutamente nada. El vacío más espantoso y desolador, eso es todo cuanto pude ver.

—¡Vaya un invento! —rió despreciativamente Hadina—. ¿Y eso es todo lo que se consigue con tu maravilloso artefacto? La verdad, me defrau...

—¡Cállese! —rugió Ricky.

Y Hadina, amedrentada, cesó en sus risas. El joven se puso en pie, desciñéndose lentamente la cuerda.

—¿Qué es lo que va a hacer conmigo? —inquirió la extraterrestre, con los ojos dilatados por el miedo.

—Oh, nada por el momento —contestó Ricky—, sino únicamente averiguar quién es usted y a qué vino.

—Ya se lo dije: en busca del aparato inventado por esa... por esa...

—No va a pretender que nos traguemos la bola, ¿verdad? Ni usted ha nacido fuera de la Tierra, ni existe un planeta que se llame Quador, ni...

—¡Le juro que es verdad cuanto he dicho! —gritó Hadina.

—¡Miente! Vinieron aquí únicamente para robar el curvador de espacios, pagados sabe Dios por qué siniestro personaje. ¿Quién les soltó la pasta para convencerlos? Vamos, responda.

—No entiendo. ¿Qué es eso de pasta? —se extrañó Hadina.

Ricky se metió la mano en el bolsillo.

—Dinero, moneda... véalo usted... ¿O me va a negar ahora que es la primera vez que ve un billete de diez dólares?

Hadina meneó la cabeza.

—No sé qué es eso; en Quador no utilizamos tales cosas como medios de cambio. Allí tenemos todo cuanto necesitamos a cambio de nuestro esfuerzo y nuestro trabajo. El intercambio no existe.

—¡Vaya! Una Arcadia feliz y perfecta... si fuera verdad. Hadina, ¿qué

diría si yo la arrojase al otro espacio, ese espacio que hay al otro lado de las semiesferas, que no se sabe qué es ni a qué conduce? ¿Le gustaría? Está en nuestras manos; no puede defenderse y usted lo sabe bien.

Hadina palideció. Miró suplicantemente a la silenciosa Audrey.

—Dile que no haga tal cosa. Hazlo siquiera por ti; tú eres una mujer como yo.

Audrey sonrió ladinamente.

—Eso es algo que está por verse. Si tú, como dices, eres un ser de otro mundo, ¿quién me dice que no poseas facultades que te permiten adoptar nuestra forma? ¿Sé yo si ésa que tienes ahora es la tuya legítima?

—¡Sí! —gritó Hadina, convulsa, jadeante—. Todos los seres humanos de Quador somos de constitución análoga a la vuestra. No hay diferenciación morfológica que no sean las propias de la raza humana: unos más altos, otros más bajos, rubios, morenos, hombres, mujeres... exactamente igual que en la Tierra.

—Bueno, eso ya es algo —exclamó Ricky, satisfecho a medias—. Y ahora dígame, Hadina, ¿dónde está Quador?

La prisionera meditó unos segundos; después dio la respuesta.

—En estos momentos se encuentra a unos quinientos millones de kilómetros de distancia, adentrándose en vuestro Sistema Solar.

Ricky dio un salto.

—¡No es posible!

Hadina meneó lentamente la cabeza de arriba para abajo.

—Sí, lo es. Dentro de muy poco Quador será un planeta más de vuestro Sistema Solar. Establecerá su órbita alrededor de vuestro Sol, y quedará encadenado a él por esas invisibles pero no menos efectivas cadenas que forman la ley de la gravitación universal.

—¡Santo Dios! —balbució Ricky, consternado—. ¿Entonces... la causa de las perturbaciones orbitales de Marte... es Quador?

—¿Perturbaciones? —se intrigó Hadina—. Ah, sí, claro... ya nos suponíamos que nuestra inesperada presencia en vuestro Sistema os

causaría algún trastorno, pero una vez se haya fijado definitivamente la órbita de Quador todo volverá a la normalidad.

—Para vosotros sí —contestó Ricky, con un exabrupto—, pero no para nosotros. Nuestros días serán más largos o más cortos, y lo mismo pasará con nuestro período de rotación alrededor del Sol. Catástrofes incalculables se originarán en los planetas y… ¡Oh!, es espantoso; no me atrevo siquiera a pensarlo.

—Pues ya puedes irte acostumbrando a ello —repuso Hadina fríamente—, porque no pasará mucho sin que vuestro Sistema cuente con un planeta más.

Ricky y Audrey se miraron consternados, llenos de pavor, viendo, en sus respectivas imaginaciones, lo que sería la vida, de entonces en adelante, en la Tierra, si es que la insólita presencia de Quador en el Sistema no producía una catástrofe repentina que acabase con todos de una vez.

Luego Ricky se encaró con la prisionera.

—¿Y… cómo se ha producido la presencia de Quador en nuestro Sistema?

Hadina alargó la mandíbula orgullosamente.

—Nuestra civilización es tan adelantada que hemos podido manejar fácilmente nuestro planeta a través del espacio, hasta dar con el Sol. Convertimos a Quador en una colosal astronave y viajamos con él hasta lograr nuestros propósitos. Vivíamos pendientes de una estrella que estaba a punto de apagarse, lo cual hubiera sido la muerte de todos los quadorianos; entonces, el Gobierno del planeta decidió, tras arduas deliberaciones, encaminarse hacia un lugar donde hubiera una estrella viva, una estrella que constituyera una fuente inagotable de luz y calor. Mucho nos costó, no solamente la preparación del viaje, la cual invirtió acaso siglos —esto demuestra que los quadorianos somos previsores, no sólo para nosotros, sino para nuestros descendientes—, y también nos costó largos años el viaje por el espacio. Al fin llegamos a destino y aquí nos quedaremos —concluyó tajantemente Hadina.

—Pero… pero al viajar por el espacio habéis atravesado zonas frías, sin luz ni calor. ¿Cómo solucionasteis tal problema?

—En cuanto se decidió el viaje, y mientras unos trabajaban en los sistemas de impulsión, otros se dedicaron a construir guaridas subterráneas para refugiarnos durante todo el tiempo que durara

nuestro tránsito. Allí hemos vivido y allí nos hemos desarrollado, con luz, aire y calor artificiales, pero ahora ya, dentro de poco, no nos harán falta. Re-sembraremos la superficie de Quador; los hielos se derretirán, formando de nuevo sus maravillosos lagos, ríos y océanos; en pocos años, una capa de verdor cubrirá su superficie, y la vida volverá a ser como era antes de que la consunción de nuestro sol nos obligara a tomar esa determinación tan radical.

—Para vosotros eso está muy bien; pero no para nosotros —objetó Ricky—. Nos vais a causar una serie de trastornos gravísimos y, como puede comprender, Hadina, no pensamos quedarnos brazo sobre brazo.

—¿Qué pueden ustedes hacer contra nosotros? —exclamó despectivamente la prisionera—. Nuestra ciencia...

—Vuestra ciencia, un pito —refunfuñó Audrey—. Yo no tengo tantos títulos como tú, pero ahí está el curvador de espacios para demostrártelo.

—Una casualidad, ya lo dije antes —contestó Hadina rabiosamente—. ¿Para que lo queréis? Un aparato así es vital en la navegación interestelar. Permite emanciparse de la servidumbre que impone la velocidad límite de la luz, cambiando de campos hiperespaciales con toda facilidad y recorriendo en contados segundos distancias inmensas.

Audrey abrió mucho los ojos.

—¡Cielos, no! —exclamo atónita. Hadina volvió a insistir.

—Sí, así es, y, de contar con los medios necesarios, podría demostrártelo. Naturalmente, tu curvador de espacios es aún un aparato muy primitivo, pero ya lo perfeccionaremos en Quador.

Audrey sacó la lengua.

—¡Que te crees tú eso! —contestó desgarradamente—. Piensas que yo voy a entregaros el secreto de mi invento así como así, sin más que ponéroslo en vuestras limpias manos, ¿eh?

—Te obligaremos a dárnoslo, no te quepa la menor duda.

—Tú no estás en situación de obligar a nada, Hadina. Al contrario, somos nosotros quienes...

Ricky se creyó obligado a intervenir.

—Bien, yo creo que hablando perdemos más tiempo del necesario. Creo, Audrey, que deberíamos tomar una determinación.

La joven lo miró con resuelta expresión.

—Sí, tienes razón, Ricky. Debemos hacer algo… ¿Qué me sugieres tú?

—Hombre, yo… —se rascó el joven la cabeza, con dubitativos gestos. De pronto hizo una pregunta—: Audrey, tú eres una persona de categoría. ¿Cómo andas de amistades con el general Alastair, el jefe de Coordinación de Transportes Espaciales?

—Bailaría una rumba encima del despacho del presidente si yo se lo dijera —se sonrió la muchacha.

—No es necesario tanto. Anda, ponle en antecedentes de lo que ocurre, y luego, ya veremos lo que decide.

Audrey se encaminó hacia el visoteléfono. Mientras tanto. Ricky se arrodilló junto a la prisionera.

—Me gustaría —empezó a hablar— que me contara usted de qué manera se enteraron ustedes de que por aquí había un curvador de espacios.

—Fácil, Ricky, muy fácil. Nuestros aparatos detectaron perturbaciones en la trayectoria de Quador debidas, probablemente, a una distorsión de los campos espaciales que estábamos atravesando. Entonces, y a fin de evitar algo irremediable, se destacaron unas cuantas expediciones, provistas de más detectores, con el fin de hallar el aparato que causaba tales trastornos. A nosotros, es decir, a Radik, a Jinse y a mí, nos cupo el honor de hallarlo. Lo estábamos estudiando cuando vosotros vinisteis y… eso es todo.

—Todo no —contestó Ricky—; aún falta que me diga cómo vinisteis a nuestro planeta.

—Naturalmente, en una astronave. No lo íbamos a hacer a nado.

—¿Y quiere decirme que fueron capaces de atravesar todas nuestras barreras de alerta? ¡Eso es imposible!

—No para nosotros; ya he dicho que nuestra civilización…

En aquel momento regresó Audrey.

—Todo listo, Ricky; el general nos está aguardando impaciente.

—Perfectamente; vamos allá, pues.

Primeramente, el joven recogió las pistolas caídas en la lucha, no sin que su extraña forma dejara de hacerle cavilar hondamente. Luego soltó los tobillos de la prisionera, ayudándola después a ponerse en pie.

—Vamos a un sitio donde le van a hacer muchas preguntas, Hadina. No intente nada, si no quiere que la abrase.

—Usted no sabe manejar esas pistolas —contestó ella despectivamente.

—Por supuesto que no; pero aquí, la dueña de la casa, no dejará de proporcionarme un revólver de tipo antediluviano, que usa pólvora y lanza unas balas capaces de romperle la cabeza de un solo tiro si se pone tonta, ¿me ha comprendido?

Hadina palideció de rabia, pero no se atrevió a contestar. Audrey, sin que Ricky le hiciera otra ulterior indicación, trajo el revólver, el cual pasó a manos del joven.

—¡Andando! —dijo éste, y los tres salieron del laboratorio. Audrey cerró con llave y se adelantó para poner en marcha el coche.

El Centro de Coordinación de Transportes Espaciales estaba fuera de la ciudad, a unos cincuenta kilómetros de distancia. Apenas se hubo clarificado el tránsito lo suficiente, Audrey lanzó el vehículo, con inimitable pericia, a toda marcha. Prudentemente, y para evitar una inesperada reacción de la prisionera, Ricky y ésta se habían sentado en el asiento posterior.

Durante unos minutos marcharon en absoluto silencio. Luego, el joven hizo una pregunta.

—¿Dónde está su astronave, Hadina?

—¿Tengo que contestar también esa pregunta?

—No, si no quiere, es decir, a mí particularmente. Pero ya habrá otros que la obliguen a hacerlo.

—Es muy difícil hacer hablar a un quadoriano y más si éste no quiere hacerlo —contestó Hadina, con los labios curvados en una mueca de

supremo desdén.

—Oh, por eso no se preocupe —sonrió Ricky—; es suficiente una pequeña dosis de amital sódico para hacerla hablar más que un candidato en vísperas de elecciones. Hablará, ya lo creo que hablará.

—Lo dudo —repuso ceñuda la prisionera.

—No nos menosprecie tanto, Hadina; los terrestres tenemos todavía trucos a pesar de nuestra pretendida incultura, según usted, claro está, que dejarían con la boca abierta al más listo de sus compatriotas.

—¿Y qué adelantaría usted, particularmente, por supuesto, con saber el lugar donde se halla escondida mi nave?

—Acaso satisfacer mi curiosidad, ¿le parece poco?

Hadina se encogió de hombros y se recostó hacia atrás. Ricky encendió un cigarrillo, observándola con curiosidad a través de las azules volutas de humo. Se fijó en una extraña pulsera, una joya de sin igual belleza, que Hadina tenía rodeándole una de sus muñecas, y así mismo se dio cuenta de que la quadoriana la acariciaba como si gozara con el contacto de la joya.

Pero súbitamente ocurrió algo extraño. Audrey gritó, excitadísima, al mismo tiempo que echaba el acelerador a fondo, y obligaba a emprender una alocada carrera al automóvil.

—¡Nos atacan, Ricky, nos atacan!

CAPÍTULO IV

Nave terrestre o no, pensó Ricky, aquello tenía un aspecto harto singular.

El joven, casi instintivamente, oprimió el pulsador que hacía descorrerse las cortinillas que obturaban el techo transparente del vehículo, y así pudo contemplar a su sabor el extraño aparato que se precipitaba sobre ellos, desplomándose en un agudísimo picado desde la altura.

Parecía un gigantesco torpedo volador, sin alas que lo sustentaran en la atmósfera, con unos aditamentos planos en la parte posterior, a modo de timones, y luego, en los costados, hacia adelante, unidos al

cuerpo principal, tenía como cuatro torpedos más pequeños, de cuyas bocas traseras salían sendos chorros de llamas de un extraño color verdoso, que no producían el menor ruido, únicamente se percibía el silbido causado por el frotamiento de aquel metálico aparato contra la atmósfera de la Tierra.

El torpedo volador se les echó encima con una terrorífica velocidad, pero en el momento en que parecía irse a producir el inevitable choque, se remontó graciosamente, invirtiendo su marcha en un gracioso rizo, ejecutado con una habilidad insuperable.

Con el corazón palpitándole aceleradamente, Ricky volvió la cabeza para examinar más a su sabor el extraño aparato, cuyo color gris no dejó de impresionarle grandemente. No pudo, por más que se esforzó, apreciar en él ventanas o escotillas de clase alguna, y supuso que la visión de sus ocupantes se produciría sin duda alguna por medio de periscopios, aunque no se advertía ningún saliente en la metálica superficie del torpedo.

El aparato volvió a invertir la marcha, descendiendo ahora en seguimiento del automóvil, cuya velocidad había llegado ya al límite. Audrey soltó una desesperada exclamación.

—¡Nos van a alcanzar, Ricky!

El joven se dio cuenta de que una extraña sonrisa vagaba en los labios de la prisionera. No pudo contener una pregunta.

—Quadorianos, ¿eh? —y ella asintió en regocijado silencio.

Pero, súbitamente, la decoración cambió totalmente. Algo chilló en las alturas, con un silbido atronador. Del cielo, picando con furia, se descolgaron tres velocísimos aviones a reacción, de tipo estratosférico, formando una unidad compacta que parecía tener un solo piloto. El gesto de Hadina se convirtió en uno de impotente furia.

Entonces sucedió una escena de pesadilla.

Las armas de a bordo de los aparatos tronaron, enviando sendas descargas de proyectiles cohete.

Uno de ellos falló el tiro, y se estrelló contra la tierra, estallando con horrísono fragor. Un enorme cono de polvo y humo se elevó al instante, tras la cegadora llamarada de la explosión.

Los otros dos, en cambio, alcanzaron de lleno a la nave quadoriana.

Ésta vaciló y se estremeció, pero pronto se rehizo y tomó un nuevo rumbo.

Ricky hizo una indicación a la muchacha.

—Audrey, detente. Así podremos esquivar mejor algún disparo.

Desde el suelo contemplaron la feroz batalla entablada entre los esbeltos reactores, de alas en delta, y la nave extraterrestre. Al parecer, ésta se hallaba desarmada, por lo que no pudo contestar al fuego que se le hacía. A Ricky se le ocurrió conectar la radio del coche, y así pudo escuchar las intimidaciones que el jefe de la escuadrilla hacía a los tripulantes de la nave para que tomasen tierra.

Pero sus órdenes no fueron obedecidas, por lo que los aviones cargaron de nuevo. Largaron otra andanada, y casi en el acto, una tercera. Los proyectiles fueron ahora magníficamente dirigidos y no se perdió uno solo.

Media docena de estallidos casi simultáneos precedieron apenas un segundo a la colosal explosión que desintegró el torpedo quadoriano. Una fulgurante llamarada hizo palidecer un instante la luz del sol, y luego, una nube de humo que se elevaba perezosamente fue todo cuanto quedó de aquel aparato que no había sido construido en la Tierra. Ricky no pudo evitar una sonrisa de satisfacción. Se volvió hacia Hadina, diciéndole:

—Como puede ver, aquí no somos mancos precisamente, ¿eh?

Ella cerró los puños con rabia.

—¡Salvajes y bestias son ustedes en lugar de seres humanos! ¿Qué mal les habían hecho mis compatriotas? ¿Por qué sus aviones tuvieron que disparar contra ellos?

—¿Por qué sus compatriotas tenían que atacarnos a nosotros? —retrucó Audrey.

—Venían a rescatarme.

—Podían haber obedecido las intimaciones que se les hicieron. Nadie les hubiera causado el menor daño y se habrían entablado negociaciones que, con toda seguridad, habrían tenido un buen fin.

—Ustedes, en cambio, han hecho todo lo posible para que haya un estado de hostilidad entre los terrestres y nosotros —declaró Hadina,

un tanto truculentamente.

Audrey se encogió de hombros y puso nuevamente el coche en marcha.

—En todo caso —respondió—, ello ya no es cuenta mía.

Diez minutos más tarde llegaban al Centro de Coordinación de Transportes Espaciales. Audrey dio su nombre en la puerta y, tal como predijera, aquello fue un «ábrete, sésamo». Como el edificio principal estaba algo alejado de la entrada, dos «jeeps» ocupados por soldados armados hasta los dientes, les escoltaron, en medio de un horrendo gemir de sirenas.

Ricky apreció que allí ocurría sigo fuera de lo normal. Automóviles y vehículos de todas clases, cargados de personal armado, iban y venían, al mismo tiempo que, entre la gente del C.C.T.E. se notaba una agitación desusada. Audrey detuvo el coche en la puerta principal, y al instante un barrigudo coronel se precipitó a ayudarla a salir del coche.

—Vengan conmigo, por favor —dijo el coronel—. El general Alastair ya les está esperando. ¿Se encuentran bien?

—Oh, sí, gracias, coronel —contestó Audrey, mirando con el rabillo del ojo cómo Ricky Taunton tomaba del brazo a Hadina, la cual, por cierto, aun llevaba sus manos unidas por el esparadrapo. El gesto no dejó de causarle un pequeño desasosiego en su interior, aunque, prudentemente, se abstuvo de decir nada.

—Tuvo usted una buena idea al pedirnos protección, señorita —continuó el coronel Cardigan, en tanto caminaban por los pasillos llenos de centinelas armados.

El paso de la quadoriana no dejó de producir la natural expectación en todos cuantos trabajaban en el C.C.T.E. y las puertas se abrían con una frecuencia no corriente en aquel lugar. Ricky soltó un respingo al oír las palabras del coronel.

—¡Diablos, Audrey, eso no me lo habías dicho! —protestó.

—Estabas muy ocupado charlando con esa embaucadora —le contestó ella ácidamente—. Pero me suponía que algo iba a ocurrir y traté de tener un paraguas a mano.

—Una imagen acertadísima —rió Cardigan, deteniéndose ante una puerta, que abrió sin la menor ceremonia.

Dentro de la estancia había varios hombres de uniforme, todos ellos oficiales de elevada graduación. Ricky Taunton supo enseguida quién era el general Alastair.

Éste se adelantó a recibirles, indicándoles, luego de los primeros saludos, unos sillones. Los tres se sentaron y entonces Audrey hizo una escueta relación de hechos, omitiendo los mayores detalles que pudo de su invento.

El general y los demás circunstantes se quedaron boquiabiertos al oír las noticias que les traían.

—Ya nos suponíamos que algo raro estaba ocurriendo, Audrey —dijo Alastair—, aunque siempre pensamos que podía tratarse de piratas del espacio. Ya sabes, hija, que esa inmunda especie abunda más de lo necesario en estos tiempos. Pero nunca supusimos que íbamos a enfrentarnos con unos seres no nacidos en la Tierra.

—Desde luego, general, pero los hechos han venido a demostrar todo lo contrario. Y, por si no lo acaba de creer, aquí tiene la prueba.

Alastair miró detenidamente a Hadina, cuyo lindo rostro aparecía ceñudo, con visibles signos de una interior irritación. Luego se dirigió a ella:

—Señorita, lamento que...

—General —dijo Hadina alzando sus manos—, lo menos que podían hacer es portarse como unos caballeros. Dada la situación en que me encuentro, no creo factible una huida, ¿no es así?

Ricky se levantó al instante.

—Por favor, yo lo haré —y tomó el esparadrapo, arrojándolo luego a un lado. Pero antes de concluir del todo, sacó la pulsera que Hadina llevaba en una de sus muñecas.

—¡Eso no! —gritó la quadoriana.

Ricky repuso ladinamente:

—Eso sí —repuso—. La he visto manipular en ella casi desde que empezamos a dirigirnos aquí, al C.C.T.E., y no me extrañaría nada que este diminuto joyel encerrara, bajo su inocuo aspecto, un potente transmisor de ondas micrométricas.

La expresión de rabia que apareció en la faz de Hadina convenció al joven de que su tiro, disparado casi al azar, había dado en pleno blanco.

—¿Eh, general? —se volvió Ricky hacia el aludido—. ¿Qué le parece?

Con un aire de infinito respeto, rodeado por la curiosidad general, Alastair tomó la delicada joya.

—Es increíble, fantástico... realmente impresionante. De no verlo con mis propios ojos, jamás lo habría llegado a creer.

—Tenga mucho cuidado con ese aparato —dijo desdeñosamente Hadina—; podría estallarle en las manos y pulverizarlo a usted y a todos sus satélites. Ustedes no lo saben manejar y yo sí, y si manipula en él sin cuidado, se convierte en un explosivo de alta potencia.

El corro de curiosos se disolvió casi al instante. Sosteniendo en las manos la joya, con infinito cuidado, Alastair miró a Hadina.

—Sospecho que nos está tomando el pelo, señorita.

—Bueno, como a fin de cuentas, yo me puedo dar ya por muerta, lo mismo me da todo. Haga, haga, general, no se prive por mí.

—Nadie le causará el menor daño, señorita —gruñó Alastair ásperamente—, y si su cohete fue destruido, ello se debe, simplemente, a que sus ocupantes no acataron nuestras órdenes. De todas formas —agregó, variando de tema—, haré que nuestros expertos examinen el aparato y me emitan un informe.

Dejó el curioso artefacto sobre la mesa, y luego, cruzado de brazos, se volvió hacia Hadina.

—Y bien, señorita, ahora usted nos va a decir, no cuáles son sus intenciones, que eso casi no es de mi competencia, sino el lugar en que se encuentra su nave.

—Es inútil, general —terció Ricky—; es testaruda como una mula, y no querrá hablar.

Alastair miró al osado interruptor.

—¿Y usted quién es, joven?

—General —exclamó Audrey—. No se sulfure; yo le garantizo. ¿No ha oído hablar de la desviación orbital de Marte? Pues éste es el

descubridor de tan importante anomalía.

—¿Usted? Pues no lo parece, si vamos a fijarnos bien en las cosas —refunfuñó Alastair—. Todavía no acabo de creerme tal patraña.

—Le aseguro —sostuvo vehemente Ricky—, que esta noche habrá alcanzado ya la desviación de diez segundos de grado al menos. Y le empeño el precio de un «whisky» sencillo contra su paga de cinco años, general.

—Jovenzuelo, es usted un impulsivo. Audrey, ¿qué clase de amistades te gastas?

—Puede estar seguro de él como de mí misma, general —repuso la muchacha—. Y no le quepa la menor duda de que dijo la verdad. ¿A qué podría deberse tal perturbación orbitaria si no es a la presencia de un planeta extraño en nuestro Sistema? ¿Cómo se supo de la existencia de Plutón si no fue por las anómalas perturbaciones de la órbita de Saturno?

—¿Quieres decirme que este pollo se va a convertir en un Clyde Tombaugh Número Dos? —rió el general—. Bueno, bueno, hija, no te enfades; acepto todas tus explicaciones. ¡Rayos! Pero es que resulta muy fuerte aceptar así como así la existencia de un nuevo planeta en la familia solar. Esto va a provocar una revolución en el Sistema, ¿sabes?

—Yo sí —repuso Audrey con sorna—. ¿Por qué no se lo dice a ésta?

«Ésta» se enceguecío.

—Nosotros anhelamos, desde hace siglos, luz y calor. Ahora que los tenemos al alcance de la mano, ¿creéis que nos vamos a detener por minucia más o menos?[1]

—Tenemos medios suficientes para obligarla a hablar —gruñó el general.

—Reñidos con la galantería, por supuesto.

—Cuando las vidas de los habitantes de la Tierra y de sus colonias planetarias están en juego, la suya, señorita, cuenta muy poco, dicho sea con absoluta franqueza.

—Una vez me hicieron prisionera, se me acabaron todas las ilusiones —contestó Hadina secamente—. No insistan; no diré nunca dónde se

encuentra mi nave.

—Olvida usted que tenemos medios sobrados para localizarla.

—Utilícenlos —dijo la prisionera con sencillez.

Ricky levantó entonces una mano. Alastair giró la cabeza hacia él.

—¿Qué desea, joven?

—Solamente hacerle presente una cosa, señor. Atrapamos a Hadina en casa de la señorita Dickinson.

—Sí, eso ya lo sabemos.

—Bien, pues no hay mucho que pensar. Si descendieron de su nave, una vez ésta hubo aterrizado en nuestro planeta, no pudieron hacerlo muy lejos de la ciudad.

Los ojos del general se iluminaron.

—¡Caramba! Ésa es una posibilidad con la que no habíamos contado.

—Luego entonces sólo hay que hacer una cosa: buscar en los alrededores de la ciudad —adujo Ricky—. Y medios de detección no les faltan a ustedes, general.

—Sí, así es —dijo el general—, tiene usted razón, joven; daré de inmediato las órdenes oportunas.[2]

Alastair se volvió sobre la mesa y pegó un manotazo al intercomunicador. Soltó unos cuantos bramidos y luego miró satisfecho a la prisionera.

—Ya está —dijo todo hueco y orondo—; ya verá cómo no pasa mucho rato sin que su astronave salga a la luz.

Una fría sonrisa apareció en los labios de Hadina.

—Renegaría de todos los científicos de Quador si tal cosa llegara a ocurrir. Pueden buscar, general; ¡lástima de tiempo que van a perder!

—En nuestro planeta, señorita, decimos que ríe más el que ríe el último. Tome nota de este dicho; acaso tenga que utilizarlo cuando llegue a su mundo. Y, entretanto, se quedará aquí como nuestra prisionera. Si dentro de veinticuatro horas no ha aparecido su nave… Bien, entonces ya veremos qué determinación tomamos con usted.

¡Coronel Cardigan!

—A la orden, señor.

—Le encomiendo a usted personalmente la custodia de la señorita. Guardias de vista en todo momento…

—¿Se me va a someter a tal humillación, además de todo lo que me está pasando? —saltó de su asiento Hadina, con los ojos llameantes por la indignación.

Alastair se turbó unos instantes. Pero no tardó en recobrarse.

—Lo lamento. No obstante la orden queda en pie. Coronel Cardigan, que los guardias sean del cuerpo auxiliar femenino, quedando a prudente distancia, sin embargo, unos cuantos hombres armados hasta los dientes. No sabemos si los compatriotas de la señorita intentarán rescatarla, y por ello debemos estar prevenidos para cualquier emergencia.

Cuando Hadina hubo desaparecido, Audrey dijo:

—Bien, general, creo que nuestra misión aquí ha terminado. Si me necesita, ya sabe dónde puede hallarme.

—Gracias, hija, gracias por todo. Tu ayuda ha sido realmente inapreciable. Y en cuanto a usted, joven —Alastair frunció el ceño—, tenga cuidado, mucho cuidado. Audrey, haré que os escolten y que una guardia permanente esté en tu casa.

—¿Qué habrá querido decir ese saco de reniegos con «cuidado, mucho cuidado»? —preguntó Ricky cuando, una vez fuera del C. C. T. E., se encaminaban de nuevo al domicilio de la muchacha.

Audrey sonrió imperceptiblemente.

—¡Qué sé yo! —exclamó—. Como es tan raro… Pero me quiere mucho, ¿sabes? Mi padre y él eran íntimos amigos y, bueno, ¿qué más puedo añadir?

—Es suficiente, Audrey —suspiró el joven, repantigándose sobre el asiento—. Tengo sueño, mucho sueño, nena, y esta noche quiero comprobar la desviación de la órbita de Marte. Voy a buscar un rincón en cualquier parte y quedarme dormido al instante.

Lo hizo en el mismo coche, el cual iba precedido y seguido,

respectivamente, por dos «jeeps», con media docena de soldados cada uno, los cuales constituían la escolta que el general les había asignado. Audrey necesitó todas sus fuerzas para despertar a Ricky una vez se hubo detenido en la puerta de su casa.

—¡Arriba, dormilón!

El joven saltó al suelo, frotándose los ojos con los puños y bostezando de una manera escandalosa. Pero, de repente, el oficial que mandaba la escolta hizo una cosa muy extraña; les encañonó con su pistola ametralladora.

—¡Levanten las manos! ¡Los dos, si quieren vivir!

Audrey, indignadísima, enormemente sorprendida, dio un paso hacia el militar.

—¡No dé un paso más o abro el fuego! ¡Muchachos, tómenlos prisioneros!

Aturdidos, llenos de estupefacción, Audrey y Ricky vieron cómo los soldados se aproximaban a ellos con las armas prevenidas. Ricky volvió a suspirar.

—¡Ah, no, eso no! ¡No más aventuras sin antes haber descabezado un buen sueñecito!

Y, sin parar mientes en la sorprendida expresión del rostro de Audrey, del oficial y de los soldados, se tendió en el fresco césped de la entrada y, apoyando la cabeza en un brazo, empezó a roncar.

CAPÍTULO V

Abstraída la muchacha en sus preocupaciones, medio dormido Ricky, ninguno de los dos se había fijado en una curiosa particularidad, común a todos los soldados que les habían escoltado: el intenso tono verde de sus pupilas.

Audrey retrocedió un paso, aterrorizada:

—¡Quadorianos!

El fingido teniente sonrió con dureza.

—Usted lo ha dicho, señorita. Somos quadorianos y nos la vamos a llevar a usted y a su amigo.

—¿A... adónde? —pudo balbucir apenas Audrey.

—Ya lo verán —contestó el quadoriano secamente.

Y luego, volviéndose, dio una breve orden a sus hombres. Dos de éstos levantaron a patadas a Ricky, el cual se quedó en pie de malísimo talante.

—¡Qué poca consideración tienen con nosotros! —refunfuñó—. ¿Qué es lo que piensan hacer ahora, teniente?

—Lo verán dentro de pocos momentos. Echen a andar y cuiden de no hacer el menor movimiento sospechoso; les va en ello la vida.

—Me parece que ustedes se han emborrachado con las películas de «gangsters», amigo —dijo Ricky, y al momento la culata de un rifle le acarició los riñones.

El joven se volvió, con la ira retratada en el rostro pero detuvo su gesto cuando el quadoriano le metió la boca del arma bajo las narices. Ricky se apartó un paso, refunfuñando.

El teniente volvió a dar otra orden. Como consecuencia de ello, varios de los soldados se dirigieron a paso de carga hacia la casa, en tanto que los otros les empujaban hacia la parte posterior del moderno edificio.

En aquel momento, una de las sirvientas de Audrey salió por la puerta, gritando escandalosamente. El jefe de los quadorianos lanzó una imprecación.

Uno de sus secuaces se echó el fusil a la cara e hizo varios disparos con fulmínea rapidez, aprovechándose del automatismo del arma. La desgraciada doncella, alcanzada de lleno por los proyectiles, se desplomó en el suelo, revolcándose convulsivamente en su propia sangre. Audrey no se pudo contener y se arrojó sobre el oficial.

Pero éste la rechazó de una tremenda bofetada. Audrey giró un par de veces sobre sí misma, y si no cayó al suelo, fue porque Ricky anduvo listo y consiguió cogerla a tiempo en sus brazos. Los ojos del joven centellearon de cólera.

—Dime tu nombre —murmuró con concentrados ojos de odio—. Dime

tu nombre, que quiero saberlo para cuando te estrangule con mis propias manos.

—Me llamo Iflar —rió el teniente—, y en cuanto a eso de estrangular, vamos a dejarlo para mejor ocasión. ¡Vamos, caminad!

—Si, lo dejaremos para mejor ocasión —repitió Ricky furioso, sintiendo que la cólera hervía en el pecho.

Sosteniendo a Audrey por el talle, siguió la ruta que le indicaron los quadorianos armados, y que, dando un rodeo, pasaba a la parte posterior de la casa.

El edificio estaba apoyado en una loma de escasa altura, cubierta de verdor, distante de ella apenas unos cien metros. Ricky se preguntó qué podían pretender sus captores, llevándolos a un lugar sin objeto aparente.

A media ladera había un grupo de plantas. Iflar les ordenó que se sentaran allí, y, después de dejarlos encomendados a la custodia de cuatro de sus hombres, echó a correr cuesta abajo, en dirección a la casa.

El tiempo empezó a pasar, en tanto que Ricky y Audrey se preguntaban qué podían hacer el resto de los quadorianos en el interior del edificio. Pero al cabo de un buen rato tuvieron la respuesta: los dos «jeeps», cargados hasta los topes, surgieron del edificio, dirigiéndose hacia la loma.

Audrey, al ver los coches, se puso en pie de un salto. Adivinó al instante lo ocurrido.

—¡Mi curvador! —gritó—. ¡Bandidos, me lo arrebatáis...!

Uno de los soldados la amenazó con la culata del rifle. Con los ojos llameantes de indignación, Audrey le plantó cara.

—Serás un héroe si te atreves a golpear a una mujer indefensa, ¿verdad? ¡Anda, dame; yo no tengo, desgraciadamente, con qué contestarte!

Ricky terció entonces.

—Déjalos, nena; por nuestra mala suerte, no podemos hacer nada que no sea resignarnos. Ya nos llegará la hora del desquite.

El teniente saltó al suelo, y corrió hacia ellos. Habló excitadamente con sus compañeros, y éstos asintieron. Audrey y Ricky se vieron obligados a abandonar la posición en que se encontraban, descendiendo unos cuantos metros.

Con ojos profundamente inquietos, Ricky observó las manipulaciones de Iflar en un extraño y diminuto artefacto que había extraído de uno de los bolsillos de su uniforme militar. Estuvo así varios minutos, y luego de repente, alzó la cabeza.

Los dos terrestres siguieron instintivamente la dirección de la mirada del quadoriano. Se daban cuenta de que tenía los ojos fijos en el lugar situado entre las matas y la cumbre de la colina.

Súbitamente, el suelo tembló. Asustada, Audrey se cogió fuertemente del brazo de Ricky. El temblor del suelo aumentó perceptiblemente.

Leves columnas de humo comenzaron a brotar de la tierra, agostando el verdor de la hierba. Los quadorianos permanecían completamente tranquilos, charlando con indiferencia entre sí, en su raro idioma, que parecía más compuesto de gallinescos cloqueos que de humanas locuciones.

Las vibraciones del suelo ganaron en intensidad con un bramido sordo, casi espectral, al mismo tiempo que chorros de humo, despedidos con altísima presión, se elevaban a gran altura.

—Esto... parece como si fuera la erupción de algún volcán —exclamó Ricky, no menos asombrado que su compañera.

Súbitamente, con un trueno espantoso, la tierra se abrió. Fragmentos enteros del suelo fueron despedidos a los lados, con terrorífica violencia, y de pronto, algo asomó a la superficie.

Ricky lanzó un grito de asombro. Resultaba absurdo, increíble, pero allí estaba, ominosa, brillante, la nave que había traído a los quadorianos a la Tierra desde su planeta.

—Realmente es fantástica —exclamó el joven, olvidado momentáneamente de sus pesares.

La nave, idéntica a aquella que la aviación había atacado y destruido, aunque de tamaño casi el doble, estaba envuelta en una especie de aura refulgente, como un halo que la envolviera en su totalidad y permanecía suspendida a medio metro escaso del suelo, sin ningún medio de sustentación visible.

—¿Cómo podrán hacer tal cosa? —murmuró Audrey.

—¡Qué sé yo! —replicó Ricky—. Acaso por medio de algún novísimo sistema de repulsión electromagnética; ¿quién sabe si, acaso, estos tipos han conseguido inventar algún aparato que anule la gravedad terrestre?

—No andan ustedes muy descaminados —sonrió Iflar, a su lado—. Vaya, caminen otra vez; su nuevo alojamiento les está esperando.

—¡Oiga! —se volvió Ricky, lleno de aprensiones—; ¿es que van a...?

—Usted lo ha dicho, amigo. Vamos, no se detengan.

Siempre llevando a Audrey del brazo, los dos jóvenes se encaminaron hacia el aparato, llenos de una especie de supersticioso temor, no por el aparato en sí, sino por la extraña fosforescencia que lo rodeaba.

—Escuche, Iflar —inquirió Ricky—, ¿y no nos tostaremos al acercarnos ahí?

El quadoriano sonrió con aire de benigna superioridad.

—Están tan seguros como en su casa —respondió.

Ricky tuvo algo que oponer.

—Ya hemos visto lo que significa la «seguridad de nuestra casa», de modo que, por favor, no nos tome más el pelo en ese sentido.

Iflar continuó manejando el raro aparatito que ahora le pendía por una correa del cuello, y una ancha y larga escotilla apareció repentinamente en uno de los curvos costados del aparato.

Sin aguardar a más, los quadorianos se precipitaron a cargar los utensilios que habían traído en los «jeeps», haciéndolo con terrible eficiencia, sin necesidad de indicación alguna. Estaban ya a punto de terminar cuando uno de los soldados levantó súbitamente la cabeza.

Iflar se alarmó al ver el gesto de su compañero. También hizo lo mismo y un segundo más tarde soltó un torrente de gritos.

—¡Aprisa, aprisa! ¡Métanse dentro de la nave! ¡Aviones terrestres van a atacarnos!

En lo alto del cielo, Ricky pudo apreciar una docena de puntitos negros que se encaminaba con fulmínea rapidez hacia el lugar en que

ellos estaban. Los prisioneros fueron empujados desconsideradamente hacia la nave, y unos instantes más tarde la escotilla se cerraba sin el menor ruido.

Al momento se percibió en el interior del artefacto una penetrante vibración, muy suave no obstante, que no afectaba para nada los sentidos. Ricky y Audrey fueron obligados a sentarse en unos sillones, a los cuales fueron sujetos con sólidas ligaduras. Iflar pasó por delante de ellos, sentándose medio metro más adelante.

No pareció emplear otro sistema de mando que el aparato que le colgaba del cuello. Repentinamente, los cautivos lanzaron un doble y simultáneo grito de asombro.

Ricky se había fijado en la extraña estructura de la nave, y había podido darse cuenta de que, al igual que la otra, no tenía la menor abertura externa. Ahora Iflar manejó un control y súbitamente toda la parte delantera, que era donde ellos se encontraban, se volvió absolutamente transparente, como si estuviera construida del mejor vidrio.

Salvo Iflar y otro quadoriano, armado con un aparato de control similar, y cuyas funciones parecían las del copiloto, no había ninguno más en aquel lugar. El suelo se alejó rápidamente cuando el aparato, sin el menor ruido, adquirió velocidad.

Iflar se volvió hacia sus prisioneros.

—Vuestros aviones atacaron hoy a una de nuestras naves y, cogiéndola por sorpresa, consiguieron destruirla. Os haré una pequeña demostración de cómo los quadorianos sabemos tomarnos cumplido desquite de las ofensas que se nos hacen.

En medio de todo, Ricky aún tuvo humor para contestar con una chanza. Lo hizo más que nada por levantar el decaído ánimo de Audrey.

—Oye, ¿y esta representación es gratuita? ¿No se acompaña con un traguito de buen licor?

Iflar no contestó siquiera; estaba muy atareado con el gobierno de su nave. Los aviones terrestres se les echaron encima, soltándole de improviso una feroz andanada de proyectiles cohete. Luego, obedeciendo sin duda a una orden radial, se dispersaron por grupos de a dos, de modo que rodeasen por todas partes a la nave quadoriana.

Con el corazón metido en un puño, Ricky vio encaminarse hacia ellos la humeante hilera de proyectiles. Iflar, por el contrario, sonrió desdeñosamente.

Los cohetes se deshicieron en múltiples llamaradas de vivísimo resplandor a quinientos metros de distancia, como si hubieran chocado con un invisible, pero no por ello menos efectivo muro. La nave quadoriana ni siquiera se estremeció.

Durante unos minutos, largos, agónicos para los terrestres capturados, los aparatos atacantes volaron en derredor de la astronave, tratando en vano de combatirla. Al fin, Ricky vio, no sin un sentimiento de decepción que procuró ocultar, que los aviones se agrupaban para retroceder, agotadas ya sus municiones.

Entonces fue cuando se produjo la catástrofe. Ricky se aferró a los brazos del sillón al ver el horrendo espectáculo que se producía ante sus ojos.

Un largo foco de luz, vivísima más de cien veces que la del Sol, brotó de la proa de la astronave. Cada vez que un aparato era alcanzado por el rayo lumínico, un avión se convertía en un colosal lingote, de forma irregular, de metal fundido, envuelto en las llamas producidas por el incendio de su combustible. Uno a uno, inapelablemente, con la fría inexorabilidad de un horrendo destino, los aviones terrestres, sin que de nada les sirvieran los desesperados esfuerzos que hacían para escapar, fueron derrumbándose al suelo, dejando tras ellos negras estelas de espeso humo.

—Esto —dijo de pronto Iflar—, no es más que una pequeña prueba de lo que podemos y sabemos hacer en Quador. Ahora veréis la segunda parte.

Aumentando repentinamente la velocidad, la nave se dirigió hacia determinado punto del horizonte, al cual se acercó en contados segundos. Ricky calculó que volarían a unos dos mil metros escasos de altura, a juzgar por los numerosos detalles que del suelo se podían percibir.

Un grupo de edificios apareció en la lejanía, acercándose rápidamente. Iflar redujo la marcha hasta situarse en la vertical. Audrey, espantada, horrorizada, a punto de perder el sentido, pudo darse cuenta de que se hallaban sobre el C. C. T. E.

La nave se detuvo del todo, indiferente a la furiosa reacción antiaérea que se había producido en el suelo. Granadas de todos los calibres,

proyectiles de enorme tamaño, balas de cañón-ametralladora, todo era rechazado por la capa que envolvía al aparato quadoriano, estallando ineficazmente a medio kilómetro de distancia, con horrísono estruendo que, sin embargo, ni aun siquiera era percibido por los ocupantes del colosal torpedo interplanetario.

Éste redujo su marcha casi a cero, y luego empezó a describir lentos círculos en torno al edificio central del C. C. T. E. Iflar disparó de pronto su mortífero haz de luz.

El desconocido rayo tocó el suelo, carbonizando instantáneamente cuanto vegetal tocaba con sus haces de fulgurante luminosidad. Los incendios brotaron por doquier, al mismo tiempo que las armas estallaban en medio de fragorosos estampidos. Sus defensores intentaban huir, solamente para desplomarse a los pocos pasos, convertidos en irreconocibles masas de carbón humano.

Durante unos largos, mortales minutos, Iflar continuó su destructora labor. Calcinó la tierra, y las casas, devastando todo aquel lugar en un área extensísima, respetando no obstante el edificio central. Los de abajo que habían logrado sobrevivir, parecieron comprender que, por alguna razón desconocida, aquel enorme caserón iba a salvarse de la quema, y corrieron frenéticamente hacia él.

Las humaredas, espesísimas, llegaban ya hasta el cielo. Pero aquel foco de luz tenía la virtud de atravesarlas como si no existieran, extendiendo aún más el área de desolación. Al fin, descendiendo con suavidad, Iflar hizo que el aparato perdiera mil metros de altura.

Manejó un control, y al momento, su voz, fría, desapasionada, desprovista por completo de entonación alguna, se dejó oír:

—Escuchadme, terrestres que estáis en el C.C.T.E. —dijo, y repitió la llamada—. Os habla Iflar, segundo comandante de las fuerzas avanzadas del planeta Quador. Deseo que se ponga al habla el que esté al mando de ese edificio.

Unos segundos transcurrieron entre la intimación de Iflar y la respuesta que procedía de la colérica voz del general Alastair.

—Yo soy el jefe de este edificio. ¿Qué es lo que quieres, maldito pirata?

—Solamente una cosa, general Alastair: que se me entregue a la prisionera quadoriana que tenéis en vuestras manos.

—Antes me colgaré de la rama de un árbol que acceder a vuestras pretensiones —bramó el general—. Además, yo no pacto con bandidos.

—Es una lástima —replicó Iflar con helados acentos—; tendremos que destruiros a todos cuantos os encontráis ahí abajo.

—No os atreveréis; Hadina sería la primera en sufrir las consecuencias de vuestra salvaje acción.

—Hadina comprenderá los motivos que nos impulsan a obrar así y morirá gustosa para la mayor gloria de nuestro planeta. Pero todos vosotros la acompañaréis en su muerte, ¡Decidid; solamente os concedo treinta segundos para que, sana y salva, sin ligaduras de ninguna clase, se presente en la puerta del edificio!

—¡Vete al infierno! —tronó el general, y cortó la comunicación.

Iflar sonrió, volviéndose hacia sus prisioneros.

—Una buena persona el general, aunque un poco terco. Voy a hacerle una demostración para ver si recapacita un poco.

El rayo de luz que brotó ahora de la proa de la astronave era mucho más delgado y se dirigió en derechura hacia uno de los ángulos del C.C.T.E. A Ricky le pareció como si, al disminuir de diámetro, ganara en intensidad. ¡La piedra adquirió casi al instante un vivísimo color rojo y, de manera humeante, empezó a derretirse en el lugar afectado, como si fuera blanda cera!

—¿Qué diablos contiene ese rayo que es capaz de causar tales estragos? —inquirió el joven, pasmado e intrigado a su pesar.

—Oh, nada de particular —sonrió melifluamente Iflar—; únicamente se trata de una descarga de rayos cósmicos. Hemos hallado la manera de producirlos artificialmente, y, por supuesto, con un poder de concentración mucho mayor que los que hay en el espacio. Vosotros mismos —concluyó Iflar—, habéis podido contemplar sus efectos.

—Pero la nave que se os destruyó no usó tales rayos —objetó Ricky.

Iflar se encogió de hombros.

—¿Quién sabe lo que ocurrió a bordo? Su piloto ha muerto y no podrá decirnos nunca lo que pasó. Si se descuidó, si se confió, con la vida pagó su negligencia y su confianza... Bien, vamos a ver qué ocurre

ahora...

Un muro lateral del edificio se desplomó en hirviente catarata, dejando al descubierto las entrañas del mismo. Iflar volvió a conectar con el C.C.T.E.

—General Alastair, general Alastair —llamó —. Responda, general.

—¿Qué diablos quieres?

Ricky se dio cuenta de que era otra voz la que respondía al quadoriano. Éste también lo notó.

—Tú no eres el general. Quiero hablar con él.

—El general ya no cuenta; somos ahora nosotros que queremos pactar contigo, cualesquiera que seáis. Soy el coronel Cardigan.

—Ya lo dije antes, entregadnos a Hadina y así podréis salvaros.

—De momento no nos queda otro remedio que ceder; pero no penséis que lograréis evitar nuestras represalias —masculló Cardigan.

—No habléis de tales cosas, sabiendo que todas vuestras armas son absolutamente ineficaces contra nosotros. ¡Entregadnos a Hadina, rápido!

—¡Un momento, un momento, caballerete! ¿Quién me garantiza que, una vez os hayamos entregado a la chica, no nos hacéis polvo con vuestro maldito rayo?

—Os empeño mi solemne palabra de respetaros, coronel. De todas formas, no tenéis otra alternativa: o soltar a Hadina, o perecer todos.

Una bronca voz se oyó entonces a través del micrófono.

—Lárguesela ya, Cardigan, con cien mil de a caballo, y que se la coman, frita, asada o como quieran; pero que se la lleven, que se la lleven... —concluyó de histérica manera el general.

—Ése es un proceder que yo llamo sensato, general —sonrió satisfecho Iflar, haciendo descender el aparato poco a poco, hasta colocarse a nivel del edificio.

Con los nervios en tensión, Ricky y Audrey aguardaron expectantemente unos momentos. Parecía imposible que una pared tan transparente como la que les rodeaba fuera, sin embargo,

impenetrable a los proyectiles de toda clase. Creían estar suspendidos en sus sillones de una forma poco menos que milagrosa, sin ningún otro punto de sustentación en ellos.

Hadina apareció, al fin, en la puerta. Caminó altiva, orgullosamente, sin volver siquiera la vista atrás. La puerta se cerró instantáneamente.

Cuando Hadina hubo penetrado en la nave, Iflar se inclinó profundamente ante ella.

—Señora, os traspaso desde ahora el mando de la nave. A partir de este momento, todas las decisiones que hayan de tomarse están en vuestras manos.

—Buen trabajo, Iflar —elogió ella con sequedad, arrojando una indiferente mirada a los prisioneros—. Lo haré constar así en mi informe.

—Gracias, señora. ¿Pilotaréis la nave vos misma?

—No, gracias; hazlo tú, Iflar. En caso necesario, ya te relevaré. Ya sabes a dónde tenemos que ir, ¿verdad?

—Sí, señora. Partiremos al instante.

Con un gracioso gesto que no desmentía su condición de mujer, Hadina, con paso ondulante, se acercó, sentándose al lado de Ricky y Audrey. Dejó ver su brillante dentadura al sonreír ampliamente, en tanto la nave se elevaba a grandísima velocidad.

—¡Qué cosas tiene la vida!, ¿verdad? ¿Quién os iba a decir que os encontraríais prisioneros en mis manos, después de haberse invertido los papeles por completo?

Hubo un instante de silencio, roto por el joven.

—Me gustaría saber a dónde nos lleva usted, Hadina.

El rostro de la joven quadoriana, cuya autoridad allí era innegable, adquirió de pronto una enigmática expresión al contestar:

—A un lugar muy caluroso, Ricky, muy ca-lu-ro-so.

CAPÍTULO VI

Sí, Hadina había tenido razón cuando dijo que los llevaban a un lugar muy caluroso del Sistema Solar… A Mercurio.

Desde la proa de la astronave, Ricky contempló estupefacto la atormentada superficie del planeta, quemada eternamente por uno de sus lados, congelada desde el principio de los siglos por el otro.

Ya, desde que franquearon la órbita de Venus, habían comenzado a entrar en acción los equipos refrigerantes de la nave, cuya energía era aumentada a medida que se aproximaban al Sol. Para evitar el terrible deslumbramiento que suponía la luz del astro central, se les había dotado de gafas negras, con las cuales podían mirar impunemente en cualquier dirección, sin temor a cegar por la acción de la poderosa luz solar.

La astronave se sumergió en el cono de sombra de Mercurio, a corta distancia, sin embargo, de la zona de luz. Entre las dos no había la menor transición, como ocurría en los planetas dotados de una atmósfera refractante; allí, el paso de la luz a la sombra se efectuaba de un modo tajante, con mucha más violencia aún que en la Luna. Un metro más allá de aquella línea trazada a cuchillo, el Sol mataba instantáneamente; otro metro al lado opuesto, la temperatura más baja concebible erinaba con todo su terrorífico poder.

Ni Ricky ni Audrey tuvieron fuerzas para hablar; el espectáculo que estaban presenciando les quitaba todo ánimo para otra cosa que no fuera contemplarlo en el más expectante silencio. El Sol se había convertido allí en una enorme bola de fuego, la cual no se podía mirar ni aun con la protección de las gafas oscuras.

Hadina se había negado terminantemente a comentar con ellos los motivos que la impulsaban a llevárselos tan cerca del Sol. No obstante, al haberse llevado el curvador de espacios consigo, era fácil suponer tales motivos, cuando menos en lo referente a su constructora. Pero Ricky, que ignoraba del aparato todo lo que no fuera los efectos que producía al ser puesto en funcionamiento, no comprendía por qué también él había sido hecho prisionero, aunque no dejaba de proporcionarle cierto alivio el saber que, cuando menos, estaba cerca de la muchacha.

Sin embargo, ese consuelo le duró muy poco al joven. La nave, sostenida por sus rugientes chorros de energía, fue descendiendo paulatinamente, hasta tomar contacto con la superficie del planeta. Entonces les proporcionaron a ambos trajes de vacío. Poderosos focos de luz barrían las espesas tinieblas que había en aquel lugar. Ricky vio

numerosas personas afanándose en torno a la astronave, surgiendo y desapareciendo de las bocas de lo que a él le parecieron pozos que debían dar a cámaras subterráneas donde la vida sería infinitamente más fácil que en la superficie. No se engañó, recordando, además, que en Mercurio había algunas estaciones de tipo meteorológico, además de otras de prospección y extracción de metales raros, de los que tanto abundaban en el planeta y escaseaban en la Tierra. No tardaría mucho, sin embargo, en explicarse la aparente anomalía de que los quadorianos anduvieran por allí como Pedro por su casa.

Embutidos en sus trajes de vacío, saltaron a tierra, precedidos por Hadina y seguidos por Iflar y los restantes quadorianos. Una vez allí, Hadina, a través del transmisor de su traje, dio unas cuantas órdenes.

Iflar tomó del brazo a Audrey, llevándosela consigo. Ricky intentó protestar.

—¡Eh, amigo! ¿Qué es lo que piensa hacer con la chica?

Hadina se le plantó enfrente.

—La lleva a un laboratorio que vamos a instalar para ella.

—Ya entiendo —exclamó Ricky sombríamente—; el curvador de espacios, ¿eh?

—Tú lo has dicho; tiene que construir uno infinitamente mayor, que pueda servir, tras las correspondientes pruebas, para la curvonavegación o navegación estelar. Con los medios actuales es imposible; con el aparato inventado por tu amiga podrán recorrerse en breves momentos distancias hoy consideradas como infranqueables.

—Un poco difícil me parece todo eso —objetó Ricky—, pero, en fin... Si tú lo dices... Y cuando lo hayáis conseguido, ¿qué haréis con ella?

—Es algo que todavía tiene que estudiarse.

—No le causaréis ningún mal, ¿verdad? Sería capaz de estrangularte con mis propias manos.

A pesar de la barrera que eran las máscaras de vidrio de las escafandras, Ricky pudo ver en los ojos de Hadina una mirada de decepción.

—Creo que no. Si lo logra, lo más probable es que se le conceda el supremo honor de ser una quadoriana. En la historia de Quador ha

habido muy pocas personas no nacidas en nuestro planeta que lo hayan conseguido, ¿sabes?

—Renuncio a tal honor a cambio de mi libertad. Soy la mar de feliz con mi condición de terrestre —masculló Ricky. Después agregó—: ¿Cuál va a ser mi suerte?

—No tardarás mucho en saberlo —contestó Hadina, mirándole con fijeza.

—¿Nos vais a separar?

—Por desgracia, sí —se lamentó hipócritamente la quadoriana—. Pensamos que acaso tú hubieras podido servirnos de algo, pues en un principio creímos habías sido el ayudante de Audrey en sus experimentos de física cuatridimensional; pero hemos visto que nos equivocamos rotundamente.

—De todas formas, me alegro del error; así estaré cerca de ella.

—Tu proximidad a Audrey será la misma que si te encontraras en Plutón.

Ricky crispó las manos.

—¡Si tocáis uno solo de sus cabellos…!

—Nadie le hará el menor mal; ya te lo he dicho, a menos que ella no se porte como esperamos. Y ahora…

Hadina alzó una mano y cuatro de sus secuaces se apoderaron del joven, tirando de él a pesar de sus desesperadas protestas. Ricky, diciéndose que, de momento no podía hacer otra cosa que resignarse, terminó dejándose llevar sin más objeciones. Los quadorianos no se dignaron contestar a ninguna de las preguntas que él hizo.

Lo condujeron a la abertura de un pozo, forrado de concreto, cuya tapa era, sencillamente, la plataforma de un montacargas que se hundió rápidamente en las entrañas del planeta. El descenso duró unos cinco minutos, al término de los cuales, Ricky vio que se hallaban en la entrada de un túnel brillantemente iluminado.

El túnel estaba acondicionado con atmósfera terrestre, según pudo comprobar cuando las dos compuertas de transparente vidrio, que componían la esclusa de aire, se descorrieron sucesivamente. Una vez dentro del espacioso túnel, y en una habitación inmediata a la

entrada, le hicieron despojarse de todas sus ropas, entregándole, a cambio, unas simples sandalias, una camisa con una extraña inscripción en el pecho y unos «shorts» del mismo liviano tejido.

—Cuando menos podía haberme traído los cigarrillos conmigo —masculló el joven, furioso por no poderse desahogar con una buena bocanada de humo.

Tan preocupado estaba, que ni se acordó siquiera del «whisky».

Le hicieron salir y montar en una cinta transportadora que corría a todo lo largo del túnel, por uno de sus costados. En el opuesto, otra cinta recorría el mismo camino en sentido inverso. Varios individuos, evidentemente quadorianos, iban y venían sin prestarle a él y a sus acólitos la menor atención, ocupados en sus respectivos cometidos, ignorados, naturalmente, por el prisionero.

Al cabo de unos minutos, sus guardianes saltaron de la acera deslizante, y se detuvieron ante una puerta que uno de ellos abrió. Ricky se sintió empujado violentamente y luego quedó aislado del exterior.

Cuando se hubo recobrado de la sorpresa que el hecho le produjo, miró en torno a él, descubriendo con no poca sorpresa y cierto consuelo, que no estaba solo. Había media docena de hombres en la estancia, amplia, limpia, aunque desprovista en absoluto de lujos.

Había una mesa, unas cuantas sillas, y una docena de camas dispuestas en literas de dos pisos. Sobre la mesa, unos cuantos platos y vasos sucios eran los únicos objetos que completaban el somero mobiliario.

Los ocupantes de la estancia le miraron, muy sorprendidos. Uno de ellos, sentado en una de las literas superiores, soltó una exclamación.

—¡Muchachos, acaba de llegar un nuevo huésped! ¿Dónde está el Comité de Recepción y Bienvenida?

Otros varios se le acercaron para saludarle. El primero que había hablado, un hombre que más parecía un gigante, sepultó la mano de Ricky en la suya, enorme como un jamón.

—¿Qué tal, amigo? Me llamo McCaran.

—Encantado... si es terrestre. Mi nombre es Taunton, Richard, aunque los amigos me llaman Ricky.

—Así te llamaremos nosotros, compañero. Porque supongo que eres un compañero nuestro, ¿no?

—Si te refieres, McCaran, al hecho de estar prisionero de esos tipos de ahí fuera, sí, por supuesto.

—Muy bien, pues, Ricky. Estos idiotas que ves aquí son López, ingeniero de minas; Leducq y Achmet Singh, técnicos en metales raros; Quegg y Radigan, especialistas en comunicaciones y detección, y Ryder, médico.

A medida que McCaran se los iba presentando, Ricky correspondía con breves pero corteses saludos. Pudo darse cuenta de que había un español, un francés, un hindú, dos compatriotas suyos y un holandés. Luego preguntó:

—¿Que es lo que hacéis aquí? Todo esto, como podéis comprender, es totalmente nuevo para mí.

McCaran miró por encima del hombro a sus compañeros.

—Dice qué hacemos aquí, chicos. Lo mismo que tú, Ricky: estar y obedecer las órdenes que nos dan esos malditos quadorianos.

—Pero... pero... —objetó el joven, todo confuso—, había en Mercurio unas bases de meteorología y prospección de minerales. ¿Qué ha sido de sus componentes?

McCaran se encogió de hombros.

—Suponemos que algunos de ellos deben vivir aún. Los demás... esos tipos los fulminaron con su condenado proyector de rayos cósmicos. Naturalmente, cuando aparecieron por aquí, intentamos resistirnos. Pero pronto pudimos convencernos de que lo mejor, si queríamos salvar el pellejo, era izar bandera blanca.

—¿Y en la Tierra no saben nada?

McCaran hizo una mueca de desprecio.

—¡Qué van a saber esos estúpidos!

—Pues tenían que estar enterados; las naves de aprovisionamiento van y vienen con intervalos periódicos.

—Sí, pero cuando llegan nos sacan a nosotros a que desempeñemos el papel de que todo va bien.

—Pero... ¿y los comandantes de las naves? ¿No se han dado cuenta de que aquí ocurre algo raro?

—El capitán de una astronave con pertrechos los suelta en el mínimo tiempo posible, nos echa el correo por la escotilla, y luego sale pitando. No pierde aquí ni doce horas siquiera. Unos cuantos quadorianos, simulando hacer de terrestres, nos vigilan atentamente, de modo que no hay modo de poder dar un mensaje a los que vienen con provisiones. Y después de haberles visto usar las percutidoras, nadie tiene ganas de experimentar sus efectos en su propia carne.

—¿Percutidoras? —balbució, atónito, Ricky.

—Sí, esas diabólicas pistolas de las que no se separan un segundo. Una descarga de las más leves te produce una serie de dolores al lado de los cuales las llamas del infierno te parecerían las olas de Palm Beach en invierno. Y si aumentan un poco la intensidad, te convierten en un esquizofrénico para toda la vida.

Ricky se acarició pensativamente la mandíbula.

—Queda en pie un problema: de aquí a la Tierra se envían mensajes radiales, relevados por Venus, a intervalos regulares. Allí, como es lógico, habrán dejado de percibirlos y...

McCaran soltó una risotada.

—¡Qué ingenuo eres, amigo! Los quadorianos han hecho que todo, en apariencia, siguiera como estaba antes de su llegada. Y será muy difícil que nadie lo note, fuera de los que estamos prisioneros, por supuesto.

—¿Y siempre estáis aquí?

McCaran se volvió nuevamente hacia sus compañeros de reclusión.

—¿Qué os parece, chicos? Ricky, ya verás lo que es bueno cuando tengas que salir a la cara solar en busca de los metales que tanto ambicionan estos tipos. Odiarás la luz del sol para el resto de tus días.

—¡Diablos, qué amarga me presentas la cosa! —refunfuñó el joven.

—No hago más que decirte la verdad; me desagradaría te hicieras unas ilusiones que nosotros hemos desechado ya hace tiempo. Es mejor que te enfrentes directamente con la realidad; así el chasco es mucho menor. Por cierto, no nos has dicho qué es lo que tú haces aquí

y por qué te han traído.

Ricky emitió un suspiro de decepción. Luego, en cuatro breves frases contó todo cuanto habían pasado él y Audrey. McCaran silbó cuando Ricky hubo terminado su relación.

—¡Fiuuu…! ¡Una mujer aquí! Esos quadorianos no se paran en barras con tal de satisfacer sus propósitos. ¿Y dices que la chica construyó un aparato que verdaderamente provoca la curvatura negativa del espacio?

—Sí, así es. Yo mismo pasé al otro lado del aparato. La verdad, no fue una experiencia muy grata, aunque sí la estimo necesaria.

McCaran se golpeó la palma de una mano con el puño cerrado de la otra.

—¡Eso sí que es un invento! —chasqueó la lengua—. Y ya tienen pocos esos fulanos, para que, además, consigan el curvador de espacios. ¡Pobre Tierra nuestra!

—Aquí lo que tendríamos que hacer —dijo Ricky, al cabo de unos momentos de reflexión silenciosa—, es tratar de evadirnos y comunicar lo que ocurre a la Tierra.

McCaran soltó una carcajada.

—¿Oís lo que dice el recién llegado, chicos? ¡Evadirnos! Si alguna vez comprendes plenamente el significado de la palabra evasión, relaciónalo inmediatamente con el de la palabra muerte. Amigo Ricky, los seis que ves delante de ti son los seis únicos sensatos que no han intentado tamaña quimera. Cuando vinimos aquí nos peleábamos por un sitio en las literas. Ahora… ya lo ves, puedes escoger la que más te agrade.

—¿Mu… murieron los otros?

El rostro de McCaran se contrajo en una feroz mueca de rabia y odio.

—Murieron de la peor muerte que te puedas imaginar. Los soltaron en la cara solar, dentro de su traje anticalórico, pero sin elementos de refrigeración. ¿Te das cuenta de la agonía que puede padecer un ser humano en tales condiciones?

—¡Pe… pero eso es… es inhumano!

—Los quadorianos desconocen el significado de la palabra humanidad, Ricky. Si intentas algo que a ellos no les gusta, te ponen a cinco kilómetros de distancia de la zona de sombra. Tú estás embutido en tu traje anticalórico, por supuesto, con aire respirable, pero solamente lo hacen para que te des cuenta cabal de lo mucho que vas a padecer antes de morir guisado dentro de tu traje. Sin refrigeración, no hay salvación posible.

Ricky se estremeció. Implacable, McCaran prosiguió:

—Y, además, están deseando que uno de nosotros trate de evadirse. Cuando eso ocurre, los quadorianos lo consideran día de fiesta. Hacen apuestas, ¿sabes?

—¿A... apuestas?

—Sí, lo que oyes. Apuestan no sé qué, porque nunca les he visto dinero; pero apuestan sobre la distancia que el condenado, en su intento de alcanzar la zona de sombra, es capaz de recorrer antes de morir. El último, un alemán casi tan fuerte como yo, pudo recorrer cuatro kilómetros y medio antes de morir. Y luego te refriegan por las narices lo que ha quedado de él. No es un espectáculo agradable de contemplar, te lo aseguro, Ricky.

El joven se desmoralizó unos momentos al oír la terrorífica relación que le había hecho McCaran. Luego, recuperándose, apretó los puños.

—De todas formas, tiene que haber una manera de conseguir la libertad. Desde que el mundo es mundo, ha habido cárceles y presos, y por muy seguras que hayan sido las cárceles, alguna vez se han fugado los presos.

—Muy seguro lo dices, muchacho —suspiró melancólicamente McCaran—. ¡Que Dios te oiga! Y, por mi parte, a pocas garantías que ofrezca el plan, prometo ayudarte. La verdad, me estoy hartando ya de estar aquí.

—¿Qué hacéis en tanto no os sacan fuera a trabajar?

McCaran recuperó instantáneamente el humor perdido.

—Ya lo ves; nos pasamos el día en una continua juerga. ¿Qué tienes que decir en contra de una existencia tan llena de felicidad?

Ricky no pudo contestar, porque entonces se abrió la puerta. Un quadoriano, con un objeto en la mano, seguido por dos de sus

congéneres, penetró en la estancia. Los otros dos, armados con las temibles pistolas percutidoras, se quedaron en actitud vigilante a ambos lados de la puerta.

El otro quadoriano iba a llevar la comida. Con gesto desdeñoso, fue llenando los platos que allí había con una especie de gelatina amarillo verdosa, cuya sola vista inspiró náuseas a Ricky. McCaran le alargó un plato y una cuchara. Ricky lo tomó con reparos.

—¿He... he de comer de esto?

—Ya lo creo. O te morirás de hambre, amiguito. Tiene un sabor detestable, lo confieso paladinamente, pero también tiene una excelente cualidad: es enormemente alimenticio. Los quadorianos se vuelven locos por esta sopa; ¡no sé qué diablos podrán ver en ella!

Ricky, tras unos momentos de dudas, comprobó que el sabor de la gelatina no era tan malo como decía McCaran. Tampoco, por supuesto, era ambrosía, pero a las primeras cucharadas notó una vivificante sensación de bienestar en su asendereado cuerpo. McCaran, súbitamente, soltó una risotada con la boca llena.

—¿Qué ocurre ahora? —inquirió el joven.

—Nada, excepto que hoy nos han dado ración doble.

—Y eso, ¿qué quiere decir?

—Sencillamente, una cosa: que mañana tendremos salida a la cara solar. Allá arriba se pierden muchas energías, ¿sabes?, y ni diez trajes anticalóricos podrían salvarte si no fueras debidamente alimentado. Come, come, que buena falta te hará mañana.

Ricky no lo dudó más y atacó el plato con repentina decisión. Sí, tenía que evadirse, fuera como fuera y a cualquier precio. Y hallándose débil y deficientemente alimentado, no podría hacer frente a los tremendos esfuerzos que, con toda seguridad, se vería obligado a realizar.

CAPÍTULO VII

Aquí no hay «whisky», ¿verdad?

Alguien rió amargamente. Quegg lanzó una furibunda mirada a Ricky.

—Pegaré siete tiros al que oiga mencionar tal palabra sin ir acompañada de una demostración práctica —refunfuñó McCaran.

—Padecéis en tal sentido porque queréis. Mi religión… —dijo el hindú.

Pero sus palabras se vieron cortadas por la aparición de Hadina en aquel lugar.

Los siete ocupantes de la estancia convertida en celda carcelaria habían sido trasladados a otra donde se estaban colocando los insotrajes, la pesada vestimenta que, desprovista en absoluto de todo elemento metálico en su composición, ayudada además, por los elementos refrigerantes, les protegería contra la llameante furia del sol. Ninguno de los siete pudo evitar mirar a Hadina. «En verdad —pensó Ricky—, es hermosísima».

La quadoriana se encaró con el joven.

—Supongo —dijo— que ya tus compañeros te habrán advertido de lo peligroso que es intentar nada contra nosotros, ¿verdad?

—Sí, algo he oído hablar —repuso Ricky desganadamente.

—Entonces, toda advertencia que yo pueda hacerte es innecesaria. Es decir, sí tengo que decirte una cosa. Los elementos refrigerantes de vuestro traje son controlados remotamente por radio, de modo que en cualquier momento podemos suspender la producción de frío. ¿Comprendes lo que quiero decir?

—Sí, recuerdo que una vez, de pequeño, asistí un par de semanas a la escuela.

—No te hagas el irónico; es un papel que no te cuadra. Y ahora, salid; en la puerta se os darán las oportunas instrucciones.

Uno por uno, los prisioneros embutidos en sus pesados trajes, los cuales, dada la baja gravedad mercuriana, eran fácilmente manejados, no obstante, fueron saliendo. Pero cuando Ricky lo quiso hacer, ya que iba el último, el brazo de Hadina le frenó.

—Audrey está bien, ¿sabes? —dijo ella.

—Me alegro, gracias —contestó Ricky secamente.

—Lo dices como si te comunicara algo desagradable.

—Tu presencia ante mí lo es.

—¡Insolente! —estalló Hadina, repentinamente.

Levantó la mano para golpear el rostro de Ricky, pero se dio cuenta de que éste se hallaba protegido por la escafandra del insotraje. Ricky se echó a reír.

—Acaso alguna vez necesites de mí —dijo Hadina con rabia.

—Lo único que quiero de ti es que me dejes pasar. Ya que soy tu prisionero, déjame desempeñar a gusto el papel.

—Llegarás a odiar el momento en que me conociste.

—No dices nada nuevo, rica. ¿Qué te pasa? ¿Te hizo daño esa porquería que nos dais para comer?

—En vuestro mundo quisierais tener unos alimentos tan ricos en vitaminas como la quadorina.

—¿Quadorina se llama? En verdad que el nombre le cuadra. Aparta, Hadina.

—Aguarda un momento —dijo ella repentinamente.

Ricky la miró con hipnótica fijeza.

—¿Qué te ocurre ahora, hermosa? Se me está haciendo tarde. Mi trabajo...

—Al infierno con tu trabajo —gritó ella excitadamente—. Quiero hablarte, Ricky Taunton.

—A juzgar por mis espantados oídos, pronto has adquirido modales propios de un camionero terrestre. Desembucha pronto, preciosidad; no quiero que luego tus esbirros me anden calentando con sus percutidoras si ven que llego tarde.

Hadina adelantó orgullosamente la mandíbula.

—Yo soy el jefe de esta base y nadie te hará el menor daño si yo no lo quiero, Ricky. Lo único que deseo de ti es que te unas a nosotros.

El joven dio un paso atrás, sorprendido por la inesperada propuesta de la quadoriana.

—Estás loca —dijo únicamente.

—No, no lo estoy, sino perfectamente cuerda. Ricky, únete a nosotros, y tendrás cuanto puedas apetecer en este mundo.

Una burlona sonrisa apareció en los labios del joven.

—¿Incluso... a ti?

Ella cerró los ojos un instante.

—Incluso a mí, Ricky. Tengo un cargo elevadísimo dentro de las gentes de Quador. No me gusta pecar de inmodesta, pero acaso llegue un día a presidente del Gobierno. Y el cargo es vitalicio; ¿entiendes lo que te quiero decir?

—¿Por qué me has ido a elegir a mí precisamente? ¿Qué puedo ofrecerte yo que no tengan tus compatriotas? No soy ni más ni menos que ellos, ni tampoco poseo otra cosa que una graduación científica de las más corrientes, Hadina.

—Pero... eres tú, Ricky.

Éste abrió mucho los ojos. Comprendió al instante, y se echó a reír con toda la insolencia de que fue capaz. Ella trató de cogerle por los hombros, a pesar de la vestimenta.

—¡Ricky, escúchame...! ¡Maldito traje!

El joven la apartó con suave firmeza.

—Déjame, la faena me espera. Por favor, Hadina.

Los ojos de la muchacha arrojaron llamas.

—¡Estás enamorado de esta estúpida pelirroja!, ¿verdad? Pues te aseguro que...

Las manos del joven se dispararon repentinamente, asiendo el delicado cuello de la quadoriana con sus enormes guantes.

—Haz que caiga uno solo de sus cabellos y te retorceré el pescuezo como a un pollo. Puedes esconderte en los infiernos, pero allí te seguiré y... ¡oh!

El joven sintió que, de repente, una brutal onda de dolor le recorría todo el cuerpo. Fallándole las piernas, se vino al suelo

aparatosamente, en tanto se retorcía con espantosas convulsiones.

Uno de los guardias había disparado contra él, soltándole una descarga de su percutidora. Hadina quiso intervenir, pero ya era tarde.

—¡Estúpido, idiota! —insultó al guardia, dejándolo estupefacto—. ¿Quién te mandaba intervenir en mis asuntos? ¡Lárgate de aquí, antes de que te mande desnudo a la cara solar!

El quadoriano, espantado, huyó de aquel lugar a toda velocidad. Hadina, temblorosa, se inclinó solícitamente sobre el caído.

—¡Ricky, Ricky! ¿Estás bien? ¡Contéstame, por favor!

—Sí... —contestó el aludido, sintiendo aún insoportables dolores en todos sus centros nerviosos.

A pesar de todo, no dejó de admirar la singular potencia de aquellas armas, contra las cuales no servía de nada la protección del espeso traje anticalórico.

Sintiendo todavía unas angustiosas náuseas, se puso en pie, ayudado por la propia Hadina. La rechazó con no fingida brusquedad.

—Déjame, déjame en paz. Soy tu prisionero, ¿no? Pues los prisioneros tienen cuando menos el derecho a no ser molestados.

El rostro de la muchacha enrojeció vivísimamente.

—Algún día te arrepentirás de haber pronunciado tales palabras, Ricky.

—Y tú lamentarás el haberte metido con nosotros, los terrestres.

Ricky no añadió una sílaba más. Echó a andar, notando todavía infinitos dolores, pero dándose cuenta de que la desaparición de éstos era cuestión ya de unos pocos momentos. McCaran y los otros, junto con unos cuantos vigilantes, le aguardaban en la plataforma de un colosal montacargas, en el cual se veía un par de tractores.

—Vaya, estuvo agradable la fiesta, ¿eh? —rió sonoramente el gigante, y al momento, el ascensor se puso en marcha.

En tanto que subían, la luz aumentaba enormemente, penetrando por la colosal abertura del pozo, cuya profundidad alcanzaría muy bien los trescientos metros. Ricky se dijo que las construcciones de los terrícolas les habían venido estupendamente a los quadorianos para

ahorrarse un sin fin de trabajo. Prácticamente, se lo habían encontrado todo hecho, y, mirándolo desde el punto de los invasores, lo único que tenían que lamentar era no haber tenido aún tiempo de comenzar los terrestres una adecuada explotación de los preciosos metales de alcance estratégico que tanto abundaban en aquel globo, eternamente torturado por el calor y el frío incalculables.

Adiestrado ya en el uso del insotraje, Ricky graduó la persiana de su mirilla para no ser cegado por la luz del sol. A pesar de todo, una vez en la superficie, el resplandor era insoportable, y apenas asomaron arriba, le pareció que lo habían sumergido en un baño de plomo fundido. Jadeó de modo audible a través de los auriculares de la radio individual.

—Esto no es nada —gruñó López—; lo bueno viene más tarde.

Montaron en los tractores y se dividieron en dos grupos. Ricky observó que los vigilantes se habían hundido en el pozo, dejándolos solos, y así lo hizo observar al español.

—Están seguros con nosotros. ¿Adónde ibas a ir, que no murieras al cabo de poco tiempo? Si no te asas, antes de veinticuatro horas se habría agotado la provisión de aire, y ya me dirás...

—Se puede remolonear en el trabajo.

—No te lo aconsejo. Te han marcado una labor determinada a realizar, y si no la haces, te sacan arriba unos cuantos minutos sin sistema de refrigeración. No se pasa muy bien así, ¿sabes? Yo, por mi parte, trabajo como un esclavo. No sé qué diablos podrá tener mi pellejo, ¡pero lo quiero tanto...!

Ricky no pudo evitar una sonrisa al oír la melancólica exclamación de López. Pero muy luego, el calor, el terrible calor que allí reinaba, constituyó su obsesión.

Notó que ríos de sudor le corrían a todo lo largo del cuerpo. El insotraje estaba provisto de un condensador de humedad, que actuaba periódicamente, al mismo tiempo que una corriente de aire frío circulaba por todo el interior de la gruesa vestimenta. Mas, a pesar de todo, la temperatura resultaba espantosa y difícilmente soportable. Ricky comprendió bien pronto que las energías, aun no haciendo nada, se disipaban rápidamente, y que solamente una adecuada alimentación podía reponerlas debidamente.

Así fueron pasando los días, con espacios de descanso bastante

irregulares. Su labor se reducía a manejar los tractores y las excavadoras de que éstos iban provistos, pero al no tener otra protección que la de los trajes, se asfixiaban literalmente en aquella calcinada superficie.

Llegó a perder la cuenta de los días que llevaba allá. Únicamente le sostuvo, como a sus compañeros, la fe en que algún día terminaría todo aquello que en ocasiones le parecía una pesadilla. No le tocó el sol directamente, pero su piel tomó un profundo tono tostado, en contraposición de la pálida, casi blancuzca, de los quadorianos.

—Cuando vuelva a mi país —dijo un día Ryder, el médico holandés—, se van a creer que llega un negro.

—¿Volver a tu Holanda? —gruñó el hindú—. ¿Desde cuándo abrigas tan disparatadas pretensiones? Eres un esclavo de por vida… y no sabes si ésta te va a durar mucho.

—Yo creo —dijo de pronto Ricky—, que con un poco de suerte, podrá emular a Matusalén.

—¡Estás chiflado! —masculló McCaran—. Dentro de un año, habremos muerto ya. Los insotrajes nos protegen bastante, pero la continua exposición a los rayos ultravioleta de papá Sol, acabará por consumirnos. ¿Por qué te crees que no salen los quadorianos a la superficie, si no es en la cara de sombra?

—Tengo un plan…

—Deséchalo —dijo McCaran al instante—; no hay modo de salir de aquí.

—Todo depende de la forma en que se haga.

—No hay ninguna, te lo repito, y, además, aunque lo consiguieras, una vez allá arriba, ¿qué es lo que harías?

—Apoderarme de una nave quadoriana; es elemental, mi querido Watson.

—No me llamo Watson, sino McCaran; y además, ¿acaso sabes tú manejar esos condenados cacharros?

—Los estudié muy bien durante el viaje de la Tierra aquí. Nos dejaron libertad de andar por dentro de la nave a cualquier hora. ¿Tú sabes cómo es un aparato quadoriano por dentro, Mac?

—No, ni ganas.

—Pues debieras tener deseos de saberlo, Mac. Así podrías sernos útil en el momento preciso. ¿Qué sabes tú de astronáutica?

—Puedo conducir un cohete supraestratosférico de Tierra a Base Orbital, pero nada más. Todo lo que pase de ahí, me sabe a chino, Ricky.

—Es suficiente, Mac, es suficiente —dijo Ricky tranquilamente. Estaba tumbado en su litera, con las puntas de los dedos unidas sobre su pecho—. Casi sabría yo manejarlo... si tuviera el aparato de control en mis manos.

—¿Aparato... de control? ¿Qué diablos es eso?

Ricky suspiró.

—Se lo vi a Iflar, un tipo a quien se la tengo jurada.

McCaran conocía la historia del joven y de Audrey.

—Ah, ya, el tipo que pegó a tu chica, ¿no?

Ricky enrojeció.

—No te adelantes a los acontecimientos, Mac. Ésos gobiernan sus naves mediante una especie de cajita con muchos botones que se cuelgan del cuello. El primer paso que hay que dar, es apoderarnos de uno de esos artefactos. Sin ello, no hay escapatoria posible.

—¿Y... y dónde está ese trasto?

—Eso es, precisamente, lo que tenemos que averiguar. Puesto que lo que más nos sobra es tiempo, de ahora en adelante, todos nuestros esfuerzos han de ir encaminados a la consecución de uno de los aparatos de control.

McCaran y los demás se miraron, como consultándose con la vista acerca de las inesperadas propuestas del joven, pero no tuvieron tiempo de discutirlas siquiera. Un quadoriano, Iflar precisamente, apareció súbitamente en la puerta de la habitación.

—¡Taunton! —gritó.

El joven echó las piernas fuera de su litera.

—¿Qué hay, pajarraco?

—Venga conmigo; le necesitamos.

McCaran soltó una exclamación.

—Chico, parece que estos individuos te consideran un personaje, ¿eh?

Ricky no contestó; cruzó lentamente la estancia y miró de arriba para abajo a Iflar. Éste no pestañeó siquiera.

—¿Adónde me llevas, esbirro?

—Ya lo verás. Anda, sígueme.

Iflar tenía la mano significativamente apoyada en la culata de su percutidora. Ricky, sin dejarse impresionar mucho, caminó al lado del quadoriano, hasta hallar una acera deslizante.

Unos minutos más tarde, se detenían ante una puerta en la cual había dos individuos de guardia. Iflar la abrió y se echó a un lado; Ricky penetró.

Se detuvo tambaleándose como un beodo. Audrey corría hacia él con los brazos extendidos.

—¡Ricky, oh, Ricky!

El joven notó las lágrimas que corrían por el rostro de la muchacha.

—¿Te han hecho algo malo? —inquirió, con voz ceñuda.

Ella denegó con la cabeza, aún sin poder hablar.

—Ya te dije —oyó la voz de Hadina—, que nadie le causaría el menor mal. Déjala y acércate, Ricky.

El joven obedeció, pero solamente a medias. Llevando por el talle a Audrey, se acercó al centro de la estancia, en la cual vio el fruto de los trabajos de la muchacha. Varios hombres había allí además, uno de los cuales estaba sujeto por dos guardias. Pero lo que más llamó la atención de Ricky fue el hecho de que hubiera allí un curvador de espacios, idéntico al primero, aunque de colosales proporciones. La amplitud de la estancia lo permitía holgadamente, y las dos semiesferas medirían muy bien cinco metros de diámetro.

—Éste es el modelo experimental en escala mediana —dijo Hadina,

evidentemente satisfecha, acariciando una de las columnas estriadas que sostenía su correspondiente media bola—. Ahora veremos las fallas y procuraremos corregirlas, de modo que, en lo sucesivo, podamos utilizarlo ya en la navegación interestelar.

—Entonces, ¿para qué diablos nos hacéis salir ahí fuera, a tostarnos al sol? ¿Qué objeto tiene la prospección de minerales estratégicos?

Hadina sonrió levemente.

—Al introducirnos en vuestro Sistema, ya preveíamos que habríamos de tener dificultades con los planetas habitados que en él hubiera. Quador es un mundo viejo, viejísimo, y, como ya te dije, a punto de extinguirse. Prácticamente, es una cáscara vacía y sin valor alguno. Si para vosotros es valioso Mercurio, imagínate qué puede ser para nosotros.

—Ya, no me lo digas —contestó el joven, y en aquel momento, se envaró, poniéndose rígido.

En uno de los lados de la estancia, había una mesita, sobre la cual vio dos o tres aparatos de control, similares a los que Iflar usara para el gobierno de su nave.

Pero no tuvo tiempo de seguir con su inspección visual. Hadina cortó en seco sus pensamientos.

—Vamos a realizar el primer experimento con el curvador. Mira, Ricky; ahí tienes a un hombre que va a ser castigado. Cometió una falta irreparable, ¿sabes?

El joven se fijó en el prisionero, cuyo rostro estaba surcado por gruesas gotas de sudor. Hadina hizo un gesto, y los guardianes lo empujaron hacia el centro del aparato.

—¡No, no! —gritó el desgraciado con frenesí, pero, a pesar de sus aullidos, fue precipitado en aquel lugar fatídico.

Desapareció, como borrado por una goma gigantesca. Sus gritos se fueron perdiendo y apagando, cada vez más lejanos, más lejanos, hasta silenciarse totalmente, como si el hombre aquel hubiera caído en una sima sin fondo.

Ricky se dio cuenta de que Audrey temblaba. Apretó más la protección de su brazo alrededor de aquel talle. Hadina, como si no hubiera ocurrido nada, continuó haciendo comentarios acerca de la utilidad de

aquel artefacto.

Una hora más tarde, Ricky era reintegrado a su cuarto, y nadie se dio cuenta de su satisfacción, porque, escondido bajo la camisa, llevaba un aparato de control. ¡De algo le había servido aquella salida!

CAPÍTULO VIII

Ricky examinó con curiosidad el cuchillo, sopesándolo en la mano. Luego miró a sus compañeros.

—Me parece perfecto... dado los medios tan precarios que hemos encontrado para fabricarlo. ¿Qué, tenéis que oponer algo a mi plan?

Eran siete hombres, armado cada uno de ellos con un cuchillo rudimentario, fabricado a costa de enormes trabajos, durante largas horas; eran siete hombres contra un número indeterminado de quadorianos, todos ellos armados con las temibles percutidoras, superándoles en una cantidad varias decenas de veces mayor, cuando menos en el sector de Mercurio en que se encontraban. Pero tenían a su favor la ventaja de la decisión y de la audacia.

No encontró Ricky otra cosa que resueltas miradas. Aquellos cuchillos, hechos de piezas aisladas de metal, arrancadas a los propios tractores, durante el agobiante trabajo de extracción de metales en la superficie del planeta, eran todas sus armas. No se oyó más que la voz de McCaran.

—Quiera Dios que tu aparato de control funcione satisfactoriamente —y alguien contestó con un fervoroso «¡Amén!».

—Funcionará, te lo aseguro, Mac. Ahora solamente falta esperar el momento oportuno. Ya sabéis que lo primero que hay que hacer es apoderarnos de las percutidoras que lleven nuestros primeros contrincantes.

Todos asintieron, dejando deslizarse el tiempo, mediante una intermitente charla que más servía para relajar la tensión de sus nervios que para combatir el aburrimiento. El tiempo que faltaba para la hora de la comida se les hizo interminablemente largo.

Casi saltaron en sus asientos cuando la puerta se abrió. El quadoriano avanzó con la comida, en tanto sus dos compañeros, como de

costumbre, se quedaban en la puerta. Ricky fue uno de los primeros en alargar su plato.

Refunfuñó algo muy poco grato para el cocinero quadoriano.

—Hierro en tachuelas debían darte —murmuró el carcelero, a modo de piropo.

—Esto es una bazofia inmunda. En mi país no lo comerían ni los perros.

—En el mío no tenemos perros siquiera. Ahora vosotros sois los que desempeñáis el papel. ¿Te gusta, terrícola?

—¿Y a ti, te gusta esto? —retrucó Ricky.

«Esto» fue nada menos que el plato, cuyo contenido aún estaba intacto, que se estrelló contra el rostro del quadoriano, embadurnándoselo con aquella pasta tan consistente. El individuo lanzó un sofocado rugido, en tanto que intentaba librarse de aquella sustancia que le impedía literalmente toda visión. Y para ello necesitaba de ambas manos. Ricky había calculado bien.

Los dos guardianes se dieron cuenta de lo que ocurría y, de modo automático, echaron mano a sus percutidoras. Desde el sitio en que se encontraba, López, el español, alargó el brazo por encima de su cabeza. Achmet Singh le imitó.

Dos relámpagos de acero cruzaron el espacio y dos cuchillos se enterraron profundamente en el pecho de ambos guardianes, los cuales se desplomaron casi al instante. McCaran y Ryder se abalanzaron hacia ellos, más para taparles la boca y evitar sus gritos, que para desarmarlos. Consiguieron ambas cosas con toda facilidad.

Mientras tanto, el otro continuaba con sus inútiles esfuerzos por limpiarse el rostro. No obstante, duraron muy poco sus desesperados gestos; Quegg le pasó un brazo por el cuello, y movió el derecho de arriba para abajo con rapidez varias veces. El quadoriano tosió varias veces y, arrojando caños de sangre por las heridas, se desplomó en el suelo. Quegg le puso el pie en el cuello, fríamente, para evitar sus gritos, hasta que el desgraciado cesó de moverse.

—Bueno, muchachos —dijo Ricky—, ya hemos pasado nuestro Rubicón. Ahora solamente falta que nos acompañe la suerte. Las percutidoras.

McCaran, Ryder y Quegg tenían ya para ellos. Los demás continuaron con sus cuchillos, en tanto que Ricky se guardaba el aparato de control astronáutico.

El joven abrió un poco la puerta y se asomó al pasillo. Había en él un par de guardias charlando distraídamente. Agitó la mano.

—¡Eh...! ¡Psst...!

Los guardias se volvieron, levemente sorprendidos. Se acercaron a Ricky.

—Uno de vuestros compañeros ha sufrido un accidente. Lo está asistiendo el médico Ryder, pero dice que no tiene elementos suficientes para curarlo.

—Vuestro médico es un asno bípedo —rió desaforadamente uno de los soldados—. Aparta, bestia.

Ricky lo hizo con fingida humildad. Los quadorianos asomaron la cabeza.

Dos golpes secos se oyeron casi al unísono. Los guardias no tuvieron siquiera tiempo de lanzar un grito; se derrumbaron como sacos repentinamente vacíos de su contenido.

—¡Aprisa, aprisa! —les urgió Ricky. Sus compañeros andaban ya peleándose por ver cuál de ellos se iba a colocar el uniforme quadoriano.

López y Achmet Singh ganaron al fin. El español se estiró el traje con satisfacción.

—¿Eh, qué tal, muchachos? ¿Qué os parecería si ahora os enviara arriba en traje de Adán?

—No me gusta esa clase de bromas —refunfuñó McCaran—. Vamos; si hemos de actuar, no perdamos tiempo.

—Está bien —dijo Ricky—; los que desempeñen el papel de prisioneros en esta función, delante. Yo iré en cabeza.

Después de cerciorarse una vez más de que no había peligro por el momento, salieron al pasillo. Caminaron rígidamente, tal como tenían por costumbre. Ricky encaminó la pequeña comitiva hacia el lugar en donde se hallaba Audrey, pues, naturalmente, no había pensado en

consumar la evasión sin contar con ella.

Las cintas deslizantes les facilitaron la labor. No obstante, estaban ya a punto de llegar al laboratorio, cuando un quadoriano, oficial, a juzgar por las insignias, les cerró el paso.

—¿Adónde vais? —preguntó abruptamente. Ricky señaló con el pulgar hacia uno de los fingidos guardias.

—Pregúntaselo a ésos —dijo—. Nos echaron fuera. ¿Qué podemos saber nosotros?

López se adelantó, saludando.

—Hadina nos ordenó que lleváramos a los prisioneros al laboratorio.

El oficial asintió.

—Está bien; podéis seguir.

De nuevo se puso la comitiva en marcha, pero apenas habían dado unos pasos, cuando el oficial, suspicazmente, les hizo detenerse de nuevo. Ricky notó una repentina náusea en el estómago. Su plan era una maquinaria perfecta; ¿iba a ser aquel estúpido el granito de arena que la estropease?

—Un momento, un momento. Si mal no recuerdo, eran siete los prisioneros. ¿Cómo es, pues, que aquí sólo van cinco?

—Fueron órdenes de Hadina —contestó imperturbable el español—. Nosotros nos hemos limitado a obedecerla.

El oficial clavó sus agudos ojos en el impasible rostro de López. Luego, sin previo aviso, cloqueó unas excitadas frases en su idioma.

Ricky ahogó una maldición. El grano de arena estaba introduciéndose en la maquinaria.

El quadoriano soltó una risa sarcástica.

—¡Ya me lo suponía yo! —exclamó—. Un plan de fuga, ¿eh? —y echó mano a su percutidora.

Pero el gigantesco McCaran fue infinitamente más rápido. Le aplastó contra la pared con una sola mano, en tanto que movía la otra enérgicamente. Los huesos del quadoriano crujieron ferozmente al ser fracturados por la brutal puñalada que lo fulminó en el acto.

—La Tierra —dijo McCaran— está llena de cementerios en los cuales yacen los idiotas que perdieron demasiado tiempo hablando —tras de lo cual, dejó caer al suelo el yerto cuerpo del oficial.

—No, aquí no —dijo Ricky alarmado—; podrían, verlo y...

A regañadientes, McCaran cargó con el cadáver.

—Pero que sea breve, ¿eh? —gruñó.

Estaban ya demasiado cerca del laboratorio. Los dos centinelas de guardia se extrañaron de la rara comitiva, pero cuando quisieron reaccionar era ya demasiado tarde. Sin embargo, esta vez no hubo efusión de sangre; bastaron dos golpes bien dados con las culatas de las percutidoras.

—Los guardias adentro —ordenó Ricky, alegre en extremo, porque ya estaban todos armados con algo más que simples cuchillos. Pasaron al interior del laboratorio.

Había allí media docena de hombres, en torno a los numerosos aparatos de la estancia. Alguno se volvió, pero, de pronto, una orden imperativa resonó en la sala.

—¡Todo el mundo quieto donde está! ¡Las manos tras la nuca! ¡Vivo o disparamos!

La sorpresa fue enorme. Audrey lanzó un grito de alegría.

—¡Ricky! —y corrió hacia el joven, abrazándolo estrechamente—. ¿Qué hace aquí?

—Venimos a buscarte, nena. Hemos decidido fugarnos, pero no pensábamos irnos sin ti, naturalmente.

—¡Una evasión! ¿Sabes los riesgos que entraña, Ricky?

—¿Piensas que nos vamos a estar aquí toda la vida? Antes de un año seríamos unos harapos humanos, consumidos por el ardiente sol que quema la superficie del planeta, Audrey. En todo caso, ¿no es siempre más misericordiosa una muerte rápida que no la que se está padeciendo día tras día? Pero —agregó el joven—, no te preocupes; todo está planeado hasta en sus más mínimos detalles.

—¡Eh! —les interrumpió en aquel momento McCaran, acercándose con el muerto en los brazos. Los demás seguían inmovilizando a los

científicos quadorianos—. ¿Es que me voy a estar toda la vida así? ¿Dónde tiro esta carroña?

Audrey se estremeció. Ricky dubitó unos segundos. De pronto, su vista se clavó en el aparato.

—Sígueme —dijo lacónicamente.

Cuando estuvieron a una prudente distancia, Ricky dio una orden:

—Arrójalo allí, Mac.

—¿Ahí? Tú estás loco, Ricky.

—Haz lo que te digo, Mac, y no te pesará. Vamos, date prisa.

McCaran se encogió de hombros. Al fin, distendiendo los poderosos músculos de sus brazos, lanzó el cadáver del oficial al centro del curvador. El cuerpo cayó, desapareciendo casi al instante como si no hubiera existido nunca.

McCaran era un individuo valiente, pero aquello no dejó de amedrentarle.

—¡Diablos, Ricky; esto es demasiado! ¿Quieres explicármelo?

Pero el joven no tenía tiempo de andar con disquisiciones.

—Estamos demorándonos más que lo que nos conviene, chicos. Es necesario que salgamos cuanto antes de aquí.

—Me parece una idea excelente —repuso el gigante—; pero, ¿has contado con esos tipos que quedan ahí, y con los centinelas desmayados, que no tardarán mucho en recobrar el conocimiento?

—Los dejaremos encerrados aquí...

—Acabarán por reventar la puerta, Ricky. Escucha, yo tengo una idea, mejor —y corriendo hacia uno de los quadorianos desvanecidos, cargó con él, lanzándolo luego entre las dos semiesferas. El soldado se esfumó al instante. El otro le siguió unos segundos más tarde.

—Un método científico y limpio de deshacerse de los enemigos, Ricky —sonrió McCaran ampliamente—, sí, señor. Y ahora, vamos a por los otros.

—¿Vais a... a arrojarlos a ellos también? —dijo de pronto, Audrey,

horrorizada, sintiendo un escalofrío de espanto en su espina dorsal.

—Naturalmente; no podemos llevárnoslos con nosotros —gruñó McCaran y, sin pensárselo más, corrió hacia uno de aquellos prisioneros, arrastrándolo consigo a pesar de sus chillidos y protestas. Pero el hombre era muy poca cosa en los fuertes brazos del yanqui, y no pudo oponer más que teórica resistencia.

Audrey corrió hacia su aparato, colocándose ante él con los brazos extendidos.

—Antes de permitir que eche ahí a ese infeliz, estoy dispuesta a…

—¿A qué, preciosa? —rió ferozmente McCaran—. ¿Cree que voy a tener compasión de estos tipos, después de lo que ellos hicieron con mis compatriotas, con todos los terrestres que estábamos aquí? Había un par de cientos de terrestres; aparte de usted y su chico, solamente quedamos ahora media docena. ¿Eh, qué le parece?

—Aunque así sea —insistió Audrey—. Debemos demostrarles que nosotros somos personas y no salvajes como ellos. Apártese o, si lo tira en el espacio intermedio, yo me cogeré a él, y desapareceremos los dos.

—¡Audrey! —gritó Ricky alarmado. Ella le miró desafiante.

—¿Estás conmigo o con esta fiera de dos patas? —le preguntó la muchacha.

—Contigo, naturalmente —se avergonzó él, evitando mirar a McCaran —; eso no se pregunta.

—Pues, entonces —respondió Audrey decidida—, haz lo que yo te diga.

—¡Calzonazos! —bufó desdeñosamente McCaran. Pero no soltó a su prisionero.

Bajo la dirección de Audrey, que continuaba en la misma postura, sin quitar ojo del gigante, Ricky desconectó la máquina. Cuando hubo terminado, ella bajó los brazos, apartándose a un lado.

—Ahora, pruebe, grandullón —dijo Audrey. McCaran arrojó al individuo en el centro del aparato. Pero no ocurrió nada, con excepción de que el quadoriano se llevó una monumental costalada en el suelo. Se levantó velozmente y huyó de allí frotándose

aceleradamente la espalda, en medio de algunas risas, provocadas por el incidente. Ricky se dio cuenta de que la tensión se había aliviado notablemente.

—Está bien. Atadlos y amordazadlos con sus propias ropas.

Un cuarto de hora más tarde, los quadorianos quedaban tendidos en el suelo, convertidos en sólidos paquetes, que apenas si podían moverse. Mientras tanto, Audrey, ayudada por Ricky, ejecutó unas cuantas manipulaciones en su máquina.

—Ahora les doy trabajo hasta que puedan recomponerla —dijo, después de haber convertido una delicada pieza en un informe lingote de acero por medio de la llama de un soplete.

—Eres única —se admiró Ricky, con toda sinceridad, y ella le apretó el brazo afectuosamente.

—Vamos, muchacho. No creo que tu chifladura dé buen resultado, pero ya que estás embarcado en ella, debo correr tu suerte.

—¿Están ya listos los tórtolos? —interrumpió el vozarrón de McCaran.

Ricky asintió, y cogiendo de la mano a Audrey, se dirigió hacia la puerta.

—No se olviden —dijo a López y Achmet Singh—, de desempeñar sus papeles de custodios nuestros con toda fidelidad; ello es imprescindible para el buen éxito de nuestra empresa.

La cinta rodante les condujo, sin mayores contratiempos, hasta el cuarto vestuario, en donde se equiparon con trajes de vacío. Había, incluso, algún quadoriano que, amablemente, se prestó a ayudarles. Después, el montacargas les llevó a la superficie de Mercurio.

La enorme mole de la astronave destellaba bajo el resplandor de los poderosos focos eléctricos. Conteniendo las aceleradas palpitaciones de su corazón se encaminaron todos hacia el colosal artefacto, en que embarcaron sin la menor dificultad. La escotilla se cerró, y entonces fue cuando una voz sarcástica se dejó oír en el interior de la nave.

—Me alegro mucho de veros en este lugar —dijo Hadina.

CAPÍTULO IX

Parecía imposible, mas era la verdad. Una verdad lisa, desnuda, irrefutable. Allí estaba Hadina, sonriendo sardónicamente, con una mano apoyada en una de sus esbeltas caderas, protegida por un fuerte pelotón de sus fieles esbirros.

—Me alegro mucho de veros aquí —repitió, avanzando hacia el atónito Ricky—. Ya creía que no ibais a venir.

Un chispazo de luz brotó repentinamente en la momentáneamente embotada inteligencia del joven. Hadina se dio cuenta de lo que pasaba en su interior y volvió a reír de nuevo.

—Sí, os estaba esperando. Empezaba a temer que me hubierais defraudado, pero, por fortuna, no ha sido así.

Ricky halló las fuerzas suficientes para mover el pulgar en dirección a su espalda.

—Te advierto que todos nosotros estamos armados —dijo—. Vosotros podéis disparar, pero tú serás la primera en caer bajo el efecto de tus propias percutidoras.

—No te hagas ilusiones —le contestó ella fríamente—; están descargadas.

Ricky sintió que un soplo helado le corría por el dorso de su cuerpo.

—¡No es verdad! —gritó—. ¡Tratas de engañarnos!

—¿Qué interés podía tener en ello? Ricky, estaba enterada desde el principio de lo que pretendías hacer. Te dejé que consumaras casi tu evasión, solamente por darme el gusto de atraparte en el último minuto. Todos tus esfuerzos han sido en vano. Lo único que deploro —añadió Hadina duramente—, y con lo cual, soy sincera, no contaba, es la sangre vertida. Fui una tonta al pensar que os limitaríais únicamente a atontar a mis guardias. Pero cuatro de ellos han muerto, y ésa es una ofensa imperdonable.

El joven se envaró.

—Supongo que tus palabras encierran una implícita condena a muerte, ¿no?

Hadina vaciló visiblemente. McCaran gritó entonces:

—¡Qué diablos! ¡Ricky, no le hagas caso! ¡Todo lo que ha dicho es un

embuste fenomenal, del principio al fin! ¡Toma, bruja!

En vano fue que el corpulento yanqui apretara el gatillo de su pistola. Hadina sonrió desdeñosamente.

—¿Creíais que os iba a dejar unas percutidoras en perfecto estado de funcionamiento? Todos mis guardias, los que intervenían cerca de vosotros en los últimos momentos, las tenían descargadas. Sabían que en cualquier instante podía producirse la intentona, y no quise que corrieran riesgo alguno. No todos mis cálculos fueron correctos, sin embargo; la fabricación de los cuchillos fue algo con lo que no conté. De lo contrario, apenas me enteré de la desaparición del control astronáutico, hubiera hecho fracasar la fuga.

—¿De modo que eso fue lo que te dio la clave, eh? —murmuró pensativo Ricky.

—Exacto. Tú lo has dicho. Naturalmente, no te lo iba a quitar a los diez minutos; prefería dejarte llegar a este punto.

Ricky inclinó la cabeza, vencido. Luego se volvió a medias.

—Lo siento, chicos; me creí un genio y no soy más que un imbécil.

—Bueno, no te preocupes —dijo McCaran—. Así como así, ya me estaba aburriendo, y esto me vino la mar de bien para no morirme de tedio.

—Gracias, Mac —dijo Ricky. Después se encaró con Hadina—. ¿Y bien? Ya nos tienes en tu poder. ¿Qué piensas hacer ahora con nosotros?

—Tú puedes vivir… si te acomodas a las condiciones que te imponga. En cuanto al resto de tus compañeros, Audrey incluida, irán a parar sin insotrajes a la cara solar del planeta. Ésta es mi sentencia que se ejecutará en el acto.

—¡Es una monstruosidad! Tú no tienes poder alguno…

—Aquí yo soy la única que dispone de las vidas de todos, terrestres y quadorianos —contestó Hadina altivamente—. Y tú, Ricky, si no aceptas lo que yo te ordene, les seguirás dentro de muy poco.

El joven sintió que una mano se le apoyaba en el brazo. Se volvió, contemplando los húmedos ojos de Audrey.

—Haz lo que te diga ella, cariño. Cuando menos, uno de nosotros que quede con vida; quizá llegue el día en que puedas vengarnos.

—Eso es algo que reputo como absolutamente imposible —sonrió Hadina desdeñosamente—. Vamos, Ricky —le urgió—, contesta de una vez.

El joven apretó la mano de Audrey. Luego, como si le costara un infinito trabajo separarse de ella, avanzó unos cuantos pasos, hasta colocarse frente a la quadoriana.

—Estoy de acuerdo… —dijo muy despacio, y vio una fría chispa de júbilo brillar en los verdosos ojos de Hadina.

Pero aquella chispa se apagó casi al instante cuando el puño de Ricky, disparado con terrible ímpetu, alcanzó de lleno el mentón de Hadina. Ésta puso los ojos en blanco y dobló las rodillas, fulminada por el impacto.

Hadina no llegó a caer al suelo. Uno de los brazos del joven la cogió por el talle, en tanto que el otro sostenía un cuchillo, cuya punta se apoyó con firmeza en la esbelta garganta de la desvanecida quadoriana.

—Un solo movimiento —se dirigió a los soldados—, y degüello a esta arpía como si fuera un pollito. ¡Al suelo las armas!

Hubo un instante de desconcierto entre los quadorianos. McCaran, de pronto, soltó un estremecedor aullido.

—¡Whopee…! —gritó, lanzándose en medio del grupo enemigo, y moviendo sus brazos como si fueran aspas de molino. Los restantes le imitaron al momento.

Sonaron algunos chasquidos, indicadores de que más de una percutidora se había disparado. Alguien gritó, estremecido por los latigazos de dolor, pero cinco minutos más tarde, no cabía la menor duda acerca del bando vencedor.

—Que se pongan los trajes de vacío y que se larguen —dijo Ricky.

En un cuarto de hora quedaron solos en la nave.

—¿Qué piensas hacer con la prisionera? —le preguntó McCaran.

—Llevármela como rehén. Toma, siéntala en un sillón y sujétala con

las correas. Voy a tratar de despegar.

Sin la menor objeción, todos obedecieron al joven. Éste se sentó en el sillón más adelantado, y comenzó a manipular en la cajita.

Un brusco tirón levantó la astronave hacia arriba, con brutales efectos sobre los organismos. Mareado, Ricky trató de disminuir la colosal aceleración, pero ésta continuó implacablemente. No supo de qué manera, pero repentinamente apoyó la cabeza en el respaldo del sillón, y quedó sin conocimiento. Los demás se desmayaron también, en tanto que la espacionave adquiría terroríficas velocidades.

* * *

Durante algún tiempo, el silencio más absoluto reinó en el interior del aparato. Todo el mundo estaba inerte, exánime, y por ello ninguno de los presentes pudo darse cuenta de que el tamaño del Sol iba aumentando perceptiblemente. Sin rumbo, sin gobierno alguno, la espacionave era arrastrada, de forma irresistible, hacia aquel colosal foco de luz y calor, sin que a bordo hubiera nadie capaz de contrarrestar la fenomenal gravitación solar.

Con espantosa velocidad, la nave se precipitó hacia el Sol.

* * *

Alguien abrió los ojos, balbuciendo inconexas palabras. Un enorme calor reinaba en el interior del aparato. Hadina se pasó la mano por la frente y la encontró húmeda, chorreante de sudor.

Durante unos momentos permaneció en el mismo sitio como atontada, incapaz de reaccionar, tratando de sacar su cerebro de las brumas en que había caído. Luego, de repente, trató de levantarse de su asiento.

El brusco tirón de las correas la volvió a la realidad. Se las soltó con dos rápidos y bien calculados movimientos. Luego, poniéndose en pie, con no poca dificultad, miró en torno a ella.

No había otra cosa que cuerpos tendidos, exánimes, sin, aparentemente, el menor asomo de vida. Agarrándose a los respaldos de los sillones, pudo llegar hasta el que ocupaba Ricky.

Se dio cuenta de que el joven tenía en sus manos el mando de control astronáutico. Le despojó del artefacto, colgándoselo al cuello, y luego intentó manejarlo.

Hadina palideció terriblemente. Una máscara de gris ceniza cubrió su hermoso rostro, transformándolo en el de un cadáver viviente.

Gritó y sacudió a Ricky hasta que el joven, como si despertara de un profundo sueño, abrió los ojos.

—¿Eh...? ¿Qué ocurre? ¿Qué pasa...? ¡Oh, Hadina!

—Sí, yo, la misma, Ricky. ¿Sabes lo que es esto?

Ricky se pasó una mano por el rostro, limpiándose la abundante transpiración.

—¡Uf, vaya un calor! Hadina, ¿no tendrías por casualidad un traguito a mano?

—No, no es el momento de pedir licores, Ricky. Te pregunté si sabías qué es lo que tengo en la mano.

El joven trató de enfocar la visión de sus turbias pupilas, sin conseguirlo de una manera satisfactoria.

—Claro que sí. Un aparato de...

—Un control astronáutico —le interrumpió ella, furiosa—. El que tú tomaste subrepticiamente del laboratorio.

—Bueno, yo lo que pensaba era largarme de Mercurio, de modo que...

—Pero no se te ocurrió pensar que el aparato estaba en reparación, ¿verdad?

—¿Yo qué entiendo de eso, Hadina? Lo único que quería...

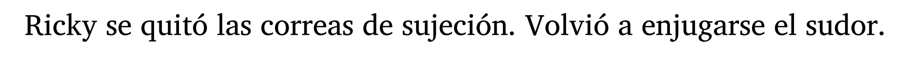
De pronto, Ricky cortó el chorro de sus palabras. Extendió un tembloroso índice hacia el artefacto que ella sostenía a un paso de distancia.

—¡Cielos, no! Hadina, no me digas que ese trasto no sirve.

—Estaba en reparación; por eso te lo dejé llevar.

—¿Y por qué no me lo advertiste antes de despegar de Mercurio?

—Tú me desmayaste de un golpe, recuérdalo. Yo no contaba con tal emergencia, ¡y por lo tanto no teníamos a bordo ningún otro control de astronavegación!



Ricky se quitó las correas de sujeción. Volvió a enjugarse el sudor.

—Dios mío, qué calor tan espantoso —se quejó.

—Es natural, Ricky. Date cuenta de que estamos cayendo hacia el Sol.

Los ojos del joven se dilataron enormemente.

—Ahora me explico el súbito arranque de la nave. Debió ser la brutal aceleración lo que nos desmayó a todos.

—Nada más cierto, y lo que no logro explicarme es cómo pudo arrancar siquiera el aparato de la superficie del planeta.

—¿Es... estamos muy cerca del Sol? —balbuceó Ricky.

Ella frunció el ceño. Manejó los diales del aparatito.

—Voy a tratar de averiguarlo... —dijo, y al instante, una feroz llamarada inundó de luz el interior de la nave. Las manipulaciones de Hadina la habían vuelto transparente.

Un calor abrasador convirtió el interior del aparato en un llameante horno. Las pupilas de Ricky fueron duramente golpeadas por el brutal fogonazo que, a pesar de todo, duró unos pocos segundos. La imagen del Sol, barriendo el espacio contiguo con las llamas de su colosal corona de fuego, algunas de las cuales llegaban a cientos de millares de kilómetros de altura, persistió durante un buen rato, como una visión de pesadilla, en la mente del joven.

Cuando se hubo rehecho de la fenomenal impresión que le había causado el saberse tan próximo al Sol, hizo una pregunta.

—¿Qué medios tenemos para evitar el peligro?

—Ninguno —contestó sombríamente Hadina—. Estando averiado el control y careciendo aquí de medios para repararlo, nuestra suerte está echada.

El joven se estremeció.

—¿Quieres decir que no podemos hacer nada?

Hadina, en silencio, meneó la cabeza de forma harto significativa. En aquel momento, alguien lanzó un juramento.

—¡Por las barbas de Materna! ¿Estamos en el infierno?

McCaran, sudando a chorros, empezó a quitarse las correas de sujeción. Ricky vio que Audrey despertaba también, y corrió hacia ella. Los demás fueron recuperándose de su desmayo poco a poco. Ninguno de ellos dejó de extrañar la elevadísima temperatura que reinaba en la astronave.

Con pocas, pero eficaces palabras, Ricky contó lo ocurrido. Una sombra de colectiva consternación cayó sobre los terrestres al darse cuenta de la situación en que se hallaban.

—Lamento —concluyó el joven—, que mis utopías, más propias de un alienado que de una persona normal, os hayan conducido a tal extremo. Estoy dispuesto a...

López alzó la mano vivamente.

—Nada de eso —dijo el español—. En todo caso, la culpa es de todos, de modo que no cabe queja alguna, sino resignación. ¡Qué diablos resignación! Aún estamos vivos. ¿Por qué no va a haber un medio de salvarnos?

Ricky miró a Hadina.

—Tú conoces esto mejor que todos nosotros. Piensa, recapacita; quizá haya un medio de corregir la trayectoria de la espacionave.

La quadoriana tardó unos momentos en contestar.

—Pueda que sea una locura, pero acaso resultara bien. Sin embargo, debo anticipar que alguien debe sacrificarse en bien del interés común. La nave tiene una probabilidad de salvación, pero el que ejecute el plan no tiene ninguna: morirá, para salvar a los demás.

Un súbito silencio se expandió en la sala.

—¿Estás segura? —inquirió Ricky.

Hadina afirmó con decisión.

McCaran carraspeó fuertemente. Unos se miraron a otros, como consultándose con la vista. Ninguno de ellos quería ser el primero en dar un paso adelante.

Pasaron unos minutos angustiosos en medio del más absoluto silencio. El calor continuaba siendo enorme, sofocador, angustioso.

—¿No habría manera de refrigerar esto un poco? —gruñó alguien.

—El control está averiado —dijo Hadina.

—Entonces, ¿cómo navegamos?

—Por la fuerza de impulsión de despegue, provocada inconscientemente por Ricky, a la cual hay que añadir la atracción solar que la duplica prácticamente.

Nadie se decidía a actuar. Pero, de pronto, la aeronave se tambaleó. No fue más que unos segundos, durante los cuales todo el mundo perdió el equilibrio; después, el aparato recobró su normal estabilidad.

—¡Ha sido una descarga de electrones! —gritó Hadina.

Ricky, decidiéndose, concluyó con sus vacilaciones.

—Acabemos de una vez. Hadina, dime cuál es ese medio de salvar la nave.

—Hay que salir fuera, provisto de un insotraje, y manejar los controles exteriores de la nave, que obedecen a los impulsos radiales del que tú cogiste en Mercurio. Al no poder hacerlo desde aquí, es forzoso que se haga desde afuera.

—No se hable más —dijo Ricky—; yo saldré…

—¡No! ¡No! —gritó Audrey, pero el joven la rechazó con cariño.

—Alguno tiene que hacerlo, y puesto que una vida debe sacrificarse…

En aquel momento intervino McCaran.

—¡Aguarda un momento, pollo! Si alguno ha de tostarse, ése soy yo. Toda la vida me han gustado los baños de sol, y ahora que tengo la mejor ocasión que hombre alguno tendrá, ¿crees que la voy a desperdiciar? Tú, Hadina, ¿dónde están los insotrajes?

—Ven conmigo —replicó ella lacónicamente.

Un cuarto de hora más tarde, una persona se colocó en la esclusa de aire, dispuesta a salir al espacio. Agitó la mano, y luego la compuerta, al cerrarse, la ocultó a la vista de los ocupantes de la nave.

Solamente entonces alguien salió del vestuario, tambaleándose, con la frente sangrando profusamente. McCaran lanzó una imprecación llena de rabia.

—¡Maldita bruja! Pues me golpeó con una llave… ¿Eh, qué pasa?

Ricky sintió, a pesar del intensísimo calor, que un escalofrío le recorría la columna vertebral de arriba abajo. De pronto, una voz se oyó claramente en la estancia.

—¡Ricky! ¡Ricky! ¡Soy yo, Hadina!

—¿Dónde estás? —gritó el joven, frenético.

—Toma el control, y oprime el noveno botón de la tercera fila, empezando por tu derecha. El mando de comunicación radial está en buenas condiciones.

El joven obedeció.

—Ya está. ¿Me oyes, Hadina?

La respuesta tardó un tanto en llegar.

—Sí… Ricky… —y en el interior de la nave se oyó el penoso jadeo de la quadoriana—. Sí… ya he alcanzado los… controles… Dios mío… me abraso…

—¡Hadina, Hadina! —gritó desesperadamente el joven.

Un sollozo les llegó perceptiblemente a través del transmisor.

—Adiós… Ricky… Qué lástima… Oh, qué calor… Ya casi está…

Bruscamente, Ricky entregó el aparato a McCaran.

—¿Qué vas a hacer? —interrogó éste bruscamente.

—Voy a ponerme un traje anticalórico y a traérmela aquí. Es una bestialidad que no debemos consentir. He de salvar a Hadina aunque me cueste la…

—¡Tú no harás eso, maldita sea! ¡Nadie puede salir al espacio sin morir a los pocos minutos! ¡No tendrías tiempo…!

—¿Que no? Lo vas a ver ahora mismo…

¡Craaack…! El puño de McCaran se disparó de improviso, alcanzando de lleno a Ricky, quien perdió el conocimiento instantáneamente. El mismo Macaran lo sostuvo para que no cayera al suelo.

Nuevamente se oyó la vez de Hadina.

—Está... todo listo... Dentro de... muy poco... empezaréis a apartaros del Sol... Ricky, adiós... Ya no veo, estoy ciega... El Sol me ha quemado los ojos... Mi cuerpo hierve... Adiós... Ad...

Hadina calló, y en el repentino silencio que siguió a sus últimas palabras pudo oírse perfectamente el espasmódico llanto de Audrey.

Pero, tal como había dicho Hadina, la nave cambió de rumbo, y lo pudieron comprobar, cuando, dos horas mas tarde, la temperatura descendió notablemente. La estancia se hizo allí más soportable y, poco a poco, el colosal artefacto adquirió una órbita que lo conducía directamente a la Tierra.

Audrey se hizo el propósito de no mencionar jamás el nombre de Hadina, pero no ignoraba que solamente era el amor que la quadoriana había sentido por Ricky lo que la había impulsado a sacrificarse por todos. Y, en el fondo de su alma, no dejó de elevar una oración por la valiente mujer, que, muriendo, les había dado a ellos la vida.

CAPÍTULO X

En medio de las intensas perturbaciones que sufría la Tierra, la llegada de Ricky, Audrey y sus compañeros pasó punto menos que desapercibida.

En realidad, a nadie le interesaba ya lo que ocurría fuera del globo, y ni siquiera la presencia de la astronave quadoriana despertó la menor curiosidad. Pero Ricky y los demás se llevaron una grandísima sorpresa al observar los profundos cambios que había sufrido el planeta durante los meses que había durado su forzosa ausencia.

Cada vez más adentrado Quador en el Sistema, su presencia había provocado, tal como calculara el joven apenas notó la primera desviación de Marte, una serie de trastornos de tipo cataclísmico que prácticamente se podían confundir con la antesala del fin del mundo.

Por todas partes se habían desbordado los océanos como consecuencia de unas enormes mareas jamás conocidas. Terremotos colosales, debidos a las mismas causas, habían provocado catástrofes gravísimas, con millones de muertos, y la gente había empezado a huir, en éxodos

que superaban cualquier previsión, a lugares más elevados.

El desorden más absoluto imperaba en el globo. Sólo la ley del más fuerte, del más hábil o del más acaudalado, del que podía pagarse con su dinero mejores medios de defensa de la propia vida, era la única que se respetaba y se obedecía. Los Gobiernos, sin autoridad, se habían derrumbado en su mayoría, y sólo algunos continuaban prestando un ficticio aspecto de normalidad, en el terreno administrativo y funcional, normalidad que apenas si era algo más que la misma palabra.

Por lo tanto, no era de extrañar que a los terrestres les importara muy poco la suerte que hubieran podido correr sus colonias planetarias. El que en Marte, Venus o Mercurio, los planetas más afectados por la intromisión de Quador en el Sistema, sufriesen unos avatares idénticos a los de la Tierra, les traía perfectamente sin cuidado.

Ricky y sus compañeros pudieron llegar a una Base Orbital, manejando el joven los controles desde afuera, desde el mismo sitio en donde muriera Hadina para salvarlos a ellos, cosa que le costó no poco trabajo y largas horas de entrenamiento en el espacio, durante el tiempo que les costó el viaje hasta la Tierra. Una vez en la Base, la cosa ya fue más sencilla, pues las comunicaciones espaciales funcionaban algo mejor que las de superficie y lograron, tras no pocos esfuerzos y grandes promesas de suculentas recompensas, hechas por la propia Audrey, ocupar una plaza en una nave cohete.

Lógicamente, su primera visita fue para el C.C.T.E., una vez hubieron puesto pie en tierra. El jefe del Centro los recibió al instante.

Audrey se sorprendió al ver a Cardigan en aquel puesto. El ya general se lo explicó, tras los primeros saludos.

—Alastair fue destituido y yo recibí, junto con el ascenso, el mando. Pero con toda seguridad, ustedes tendrán más que contarme a mí que yo a ustedes.

Ricky fue el encargado de la relación de los acontecimientos vividos. Cuando terminó, el general se frotó pensativamente la mandíbula.

—Sí, realmente han padecido ustedes mucho. Y creo, además, que su ayuda ha de sernos muy valiosa. Son ustedes los únicos terrestres que han estado en contacto directo con los quadorianos.

—No veo de qué podemos servirle, general —dijo Ricky—. Esto no hay quien lo pare.

—Los trastornos durarán hasta que Quador se asiente definitivamente en una órbita, y antes de que ello ocurra, pueden pasar aún meses. O quién sabe si años, señor Taunton. Los continentes perderán parte de su superficie, y nuevas tierras se alzarán del fondo de los mares. Incluso el día, ¿no lo han notado aún?, se ha alargado ya en casi cuatro horas. Uno cree que no se ha acostado cuando ya tiene que levantarse.

—¿Y no podríamos entrar en relación con Quador? —sugirió Audrey —. Una embajada que tratara de convencerles de que su presencia aquí es incómoda para los planetas del Sistema... De la misma forma que vinieron pueden marcharse, general.

Cardigan suspiró melancólicamente.

—Antes que usted, hija mía, esa posibilidad fue examinada detenidamente por las N. U. Se envió una embajada, que fue despedida tan cortés como negativamente. Se volvió a insistir, y los segundos enviados fueron fulminados en el espacio, sin siquiera ser escuchados. Después de esto, se abandonó todo intento de relacionarnos con esos malditos quadorianos. No nos queda otro remedio que resignarnos a lo inevitable, señorita Dickinson. Habremos de acomodarnos a nuestra nueva órbita, y cuando esté definitivamente trazada, reparar los daños y reconstruir. Después...

—Después, los quadorianos crecerán. Querrán ser los amos del Sistema, esclavizándonos a nosotros, y no pararán hasta conseguirlo, cosa que no lograrán sino tras una guerra que aumentará más la ruina y la desolación del planeta. ¡Y eso sí que no podemos consentirlo! —terminó, encarnada, jadeante, la muchacha.

—¿No? —exclamó con sorna Cardigan—. Dígame, ¿y cómo piensa evitarlo? ¿Acaso no vieron cómo funcionan sus proyectores de rayos cósmicos? ¿Qué arma podemos oponer contra las suyas, entre las cuales incluyo la barrera de protección que sus naves establecen en su alrededor?

Audrey se quedó pensativa unos momentos, sin saber qué responder. Pero entonces, Ricky se puso en pie, con los ojos iluminados por una luz interna.

—Lo tengo, claro que lo tengo —exclamó.

Audrey y Cardigan lo miraron muy sorprendidos.

—¿A qué te refieres, Ricky?

—¡Explíquese, joven —gruñó el general—, y si ha discurrido un plan medianamente factible, haré que le levanten una estatua en cada plaza pública!

Ricky emitió una sonrisita.

—Gracias, pero no es necesario el homenaje. Lo que he pensado es lo siguiente…

Durante un buen rato, el joven habló y habló, cortando las objeciones que le eran presentadas con sólidos argumentos. Al fin, Cardigan pareció ceder.

—Señor Taunton, lo que usted acaba de decir es el clásico clavo ardiente del náufrago. Y, puesto que no tenemos otro asidero, emplearé todas mis energías para que sea empleado.

Ricky y Audrey se dirigieron a la casa de la segunda, una vez hubieron terminado de discutir con el general todos los puntos del plan que el primero había presentado. Tras la idea del joven, las cosas parecían haber tomado otro aspecto, y el de la pareja era mucho más animado que al llegar a la Tierra.

Detuvieron el coche a la entrada del edificio. Éste no parecía haber sufrido grandes daños. Los principales estaban en la ausencia de todo habitante y en el descuido y la suciedad que tal estado de cosas había, lógicamente, provocado en él.

—Fíjate, Ricky —dijo ella—, son las once y pico de la noche, y todavía está el sol en el horizonte. ¿Qué te parece?

—Pues… que si yo fuera gallina, andaría muy desconcertado —rió él, y Audrey, de buena gana, le acompañó en sus risas.

—Voy a ver qué hay por ahí en la nevera —dijo la muchacha, un poco inconscientemente, y se encaminó a la cocina.

De pronto, Ricky saltó en su asiento, al oír un fenomenal chillido, salido sin duda alguna de la garganta de Audrey.

Cardigan les había prevenido contra las numerosas bandas de merodeadores que, aprovechándose del estado de confusión reinante, se aprovechaban de ello para el logro de sus turbios fines. A tal efecto le había provisto de un revólver, y Ricky lo empuñó con solemne decisión.

Se encaminó hacia la cocina. Audrey chilló de nuevo. Una sonora imprecación en un idioma no terrestre, pero que él conocía muy bien, estalló en el acto.

De pronto, alguien le dio una orden.

—¡Tira el arma al suelo, terrestre!

En lugar de obedecer, Ricky se lanzó en «plongeon» hacia adelante. La descarga de la percutidora le pasó por encima.

Todavía no había caído al suelo Ricky cuando, merced a un prodigioso esfuerzo, consiguió girar sobre sí mismo. El revólver que empuñaba escupió una llamarada.

Un hombre, quadoriano, lanzó un agudo grito perdido en el fragor del estampido. Se desplomó, fulminado por la bala que le había impactado en el centro del pecho.

La lucha entre Audrey y el otro quadoriano continuaba. Libre el paso, Ricky se encaminó hacia la cocina a grandes saltos. Una vez allí, se detuvo.

—¡Iflar! —exclamó, sorprendidísimo, al ver al oficial, segundo en el mando de Hadina.

El aludido, sin soltar por ello a Audrey, se volvió. Una fría sonrisa de triunfo apareció en sus labios. Tenía apoyado el proyector de su percutidora en el costado de la muchacha.

—Un paso más, Ricky Taunton, y hago enloquecer a tu adorada.

—¡No te atreverás! —rugió el joven.

Iflar soltó una estentórea carcajada.

—Pruébalo y lo verás. Anda, ¿no te quieres arriesgar? Me la voy a llevar, ¿sabes? No quiero que vosotros empleéis su inteligencia en destruirnos. Tenéis el medio para hacerlo… pero ese medio será empleado por Quador… ¡para ocupar el sitio de la Tierra!

Ricky palideció. Por una increíble coincidencia, los quadorianos habían pensado en hacer lo mismo que a él se le había ocurrido. Si conseguían llevarse a Audrey…

Movió nerviosamente el cañón de la pistola.

—Tírala, Ricky —le ordenó Iflar—. ¡En el acto!

El joven vaciló. De pronto, lanzó un grito.

—¡No, McCaran, no; lo quiero vivo!

Iflar descuidó por un instante la guardia. Su mirada volvió hacia atrás, y cuando se dio cuenta de la trampa en que había caído, lanzó un rugido de ira. Pero era ya demasiado tarde.

La pistola saltó en la mano de Ricky como una cosa viva que soltaba fuego, humo y muerte. Iflar se estremeció horriblemente a medida que los proyectiles le penetraban en la carne, y luego, lanzando un ronco suspiro, cayó de cara al suelo.

Entonces, Audrey no lo pudo soportar más y corrió a hundir su lagrimoso rostro en el ancho pecho del joven. Ricky soltó el arma para mejor abrazarla. Se la llevó de allí, dándole suaves palmaditas en los hombros, al mismo tiempo que le decía:

—Los quadorianos han hecho ya su última intentona. Ahora sólo nos queda trabajar, y trabajar mucho, Audrey, bajo tu dirección. Mira, allí arriba están —dijo, acercándola a un ventanal.

La muchacha levantó sus ojos hacia el cielo. Un enorme punto de luz rojiza, que en modo alguno podía confundirse con Marte, muchísimo más alejado, brillaba siniestramente en la estrellada bóveda del firmamento. Ricky cerró las mandíbulas prietamente.

—Sí —concluyó—, están ahí, pero no por mucho tiempo.

* * *

Durante cientos de años, la Tierra había vivido bajo la sensación de que todas las historias de guerras interplanetarias pertenecían al reino de la fantasía. Ahora, en cambio, la fantasía se había trocado en realidad, una realidad visible y tangible. El cielo estaba lleno de astronaves en forma de torpedo.

El plan presentado por Ricky había logrado galvanizar la decaída atención de los gobernantes terrestres. Declarado de interés preferente por las N. U., todos los demás trabajos, incluso los de reconstrucción, salvo los de auxilio a las personas en casos muy perentorios, habían quedado postergados. El resultado era la magnífica flota astronáutica que, navegando en una formación un poco rara, se encaminaba hacia aquel punto brillante, rojizo, que se había convertido en una pesadilla

para todos los habitantes del Sistema.

La rareza de la formación era que estaba formada de dos quíntuplas filas de naves cada una, de modo que, prácticamente, formaban una especie de canal o callejón espacial, de unos quince mil kilómetros de anchura, por la mitad, aproximadamente, de longitud. Las naves conservaban entre sí un intervalo de veinte kilómetros en distancia, por una cuarta parte en profundidad, y, cerrando aquella especie de inmensa comitiva, los fogonazos de cuyos escapes semejaban una nueva constelación estelar en el cielo, iba la nave quadoriana que había servido de módulo para la construcción, en un tiempo récord, del resto de la potente flota. En total eran unas dos mil trescientas espacionaves las que constituían aquella fantástica armada sideral, que, comandada con decisión y energía por el autor del plan, se encaminaba, a toda la potencia de sus motores, al encuentro de Quador.

Los quadorianos se hubieran quedado enormemente sorprendidos al atrapar alguna de las naves y ver que estaba desierta, sin tripulantes. Aquella colosal flota no llevaba más que media docena de tripulantes, en conjunto, los que viajaban en la última, la que navegaba cerrando la marcha de la formación.

En ésta iban, además de Ricky y Audrey, el general Cardigan y algunos altos mandos militares más. El nerviosismo entre éstos últimos imperaba de modo visible.

—Quiera Dios que todo esto tenga éxito y no se convierta en una quimera. En lo que a mí respecta, preferiría que me mataran, en tal caso, al volver al planeta.

Audrey sonrió, en tanto se ocupaba de los controles.

—No tema, general; todo saldrá a pedir de boca. No puede fallar... y si falla, no nos enteraremos, de modo que no tiene por qué preocuparse de su regreso a la Tierra.

—Mirándolo desde su punto de vista, señorita Dickinson —repuso Cardigan—, no hay duda alguna de que toda la razón es suya. Espero me lo confirme antes de una semana.

Antes de una semana, sin embargo, tuvieron los primeros choques con las naves de la defensa quadoriana, evidentemente alarmadas ante la presencia del fenomenal conjunto atacante. Pero en esta ocasión, todos sus esfuerzos resultaron fallidos. Las «cáscaras» de protección, manejadas por control radial remoto desde la nave comandante,

hicieron estériles todas las tentativas quadorianas de impedir el avance.

El general Cardigan comenzó a creer y a tener fe en la joven. El ceño empezó a desarrugársele, sobre todo cuando, después de una ligera escaramuza, vio desaparecer, como si jamás hubiera existido anteriormente, todo el grupo que les había atacado.

—Espero que sirva también para Quador —dijo, tras la pequeña demostración que Audrey les había hecho.

Y la mirada del general se recreó en las gigantescas semiesferas, de más de cien metros de diámetro, que cada una de las naves llevaba, enfocadas directamente, con su correspondiente de la hilera opuesta.

Quador apareció al fin, sombrío, torturado, reseco, polvoriento tras largos siglos de haber vivido en un lugar agonizante. Pero ya la influencia del Sol era visible y los eternos hielos que lo habían cubierto se retiraban hacia los casquetes polares, en tanto que algunas zonas de vegetación asomaban un tímido color verde en algunos puntos de su superficie.

Soportaron feroces ataques de las naves quadorianas, dándose cuenta de que, para ellos, era cuestión de vida o muerte. Algunas de ellas, en su desesperación, imitaron a los antiguos «kamikaze» japoneses, lanzándose directamente contra las espacionaves terrestres, lo cual provocó el estallido de las afectadas. Pero el conjunto no sufrió graves daños, y continuó navegando imperturbablemente.

El momento tan temido y, a la vez, tan esperado, llegó al fin.

—Le dejo a usted la gloria de la operación, general —dijo Audrey.

Y se fue hacia una enorme pizarra de vidrio, en la cual se veían reflejados, en forma de verdosos puntitos de luz, todos y cada uno de los aparatos. Con hábiles dedos, Audrey fue corrigiendo posiciones hasta dejar que cada uno de los puntos fuera remontado por otro, lo cual quería decir que cada nave tenía su pareja en el lugar opuesto, pero absolutamente exacto.

Quador quedó encerrado en una especie de paréntesis curvo por todas partes. Detenidas las astronaves, los chorros se habían apagado, prestando un fantasmagórico aspecto a la escena, en la cual únicamente se destacaba el macabro resplandor del planeta, iluminando de un rojo pálido los costados metálicos de los aparatos que les daban frente.

Una sombra de silencio cayó en el interior de la nave ocupada. Durante unos momentos, los nervios se tensaron como cuerdas de violín próximas a romperse. Alguien lanzó un sonoro juramento. El frote de unas botas contra el suelo fue fácilmente perceptible.

El esbelto seno de Audrey se distendió al inspirar aire. Todos los ojos estaban fijos en ella, en tanto que el índice de Cardigan se apoyaba en el botón que pondría en funcionamiento el enorme curvador colectivo de espacios.

—¡No! ¡No podría! —gritó el general—. ¡Estoy demasiado nervioso! —y se hizo a un lado, sollozando histéricamente.

Pero Audrey no perdió la serenidad. Echó una ojeada al tablero de posiciones y luego dijo una única palabra.

—¡Ricky!

—Sí, nena —contestó el joven, avanzando lentamente, fascinado, hacia el aparato.

La yema de su dedo se apoyó en un pulsador de vivísimo color escarlata.

—¡Ahora...! ¡Ya...!

El índice de Ricky se hundió a fondo. Un grito de admiración se escapó, unánime, de todas las gargantas.

La desaparición de Quador no fue tan rápida como la de un objeto común o la de una persona. Tardó algo más.

Primero osciló levemente, como si alguien, desde su interior, tratara de contrarrestar la enorme fuerza del curvador de espacios. Sus contornos se difuminaron primero, y luego volvieron a afirmarse. Pero enseguida volvió el temblor.

La cosa duró unos pocos segundos apenas, pero a los terrestres se les hizo agónicamente interminable. Quador empezó a esfumarse, dejando ver, a través de su colosal esfera, las estrellas que había al otro lado, volviéndose transparente, como si estuviera colocado en una superpantalla de Rayos X.

Volvió a afirmarse, solidificándose de nuevo.

—¡Falló! —gritó Cardigan, pero apenas había pronunciado la palabra,

el rojo globo desapareció en un instante.

Audrey necesitó apoyarse en el tablero de vidrio para no caer al suelo. Ricky fue a su lado.

—¿Estás bien, nena?

—Si… gracias, Ricky… —repuso ella, mirándole con ternura—. Ya todo acabó.

—Sí —concedió Cardigan—, y nunca sabremos cuánto les debemos a los dos, en especial a usted, señorita Dickinson. La Tierra recuperará su órbita, así como los demás planetas; los daños se repararán y, mal está hablar de ello, señorita Dickinson, pero los derechos de patente de su invento le producirán una colosal fortuna…

Audrey meneó la cabeza negativamente al tiempo que contestaba.

—No… no habrá más curvador de espacios. No quiero que un malvado se apodere del secreto y lo use con fines turbios, como estuvieron a punto de hacer los quadorianos. ¡Lo destruiré!

—¡Usted no puede hacer tal cosa! ¡Su invento pertenece a la humanidad!

Audrey no contestó. Yéndose hacia el aparato de control, instalado ahora en un tablero idéntico al que ella tenía en su casa, manipuló en él unos segundos. Luego, movió una palanca.

—¡Miren, miren al espacio! —dijo.

Una sorprendida exclamación fue la respuesta.

—¡Han desaparecido las espacionaves! —gritó Cardigan.

—Exacto, general —respondió Audrey, imperturbable.

—¿Cómo lo hizo? —Cardigan parecía al borde de la locura.

—Muy sencillo: invertí la polaridad de los elementos e hice actuar al curvador en sentido contrario. ¿Se da cuenta, general, de que haciendo tal cosa, aun con un aparato de los más sencillos, podría usted hacer desaparecer el planeta? ¿Cree oportuno dejar suelta un arma tan formidable, capaz, como usted lo ha visto, de hacer desaparecer el mundo?

—Podría habernos servido para la náutica interestelar —adujo,

débilmente, Cardigan.

—Habrá otros procedimientos más fáciles y menos peligrosos de emplear, general. En cuanto a mí respecta, el curvador de espacios ha dejado de existir, y ya sólo quiero cuidarme de una cosa en este mundo.

—¿Qué es ello, señorita Dickinson?

—Yo, general —sonrió Ricky, estrechándola por el talle—. ¿No le parezco más atractivo que un curvador de espacios?

—No lo sé —refunfuñó Cardigan, aún malcontento—; no soy su prometida.

—Afortunadamente para nosotros dos —repuso el joven, inclinándose sobre Audrey.

FIN

[1] Frase sugerida por falta de un trozo de hoja. (NE)

[2] Frase sugerida por falta de un trozo de hoja. (NE)